





la creación literaria





carlos oliva mendoza

*

hotel imperial

7° Premio Internacional de Narrativa 2009





siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

Para Carmen Rangel
y Crescencio Mendoza
in memoriam



*Esa noche volvieron a sucederse los sueños. ¿Por qué
ese recordar intenso de tantas cosas? ¿Por qué no sim-
plemente la muerte y no esa música tierna del pasado?*

JUAN RULFO



REGRESO A PORTUGAL

Hatch observó la inmensidad del océano. Había partido desde Londres y antes de dos horas veía las tierras de Lisboa.

Se formó en la larga fila para mostrar su pasaporte en la aduana. Salió de ahí sin dificultades. Llevaba solo una mochila, así que con comodidad caminó un buen trecho. Fue encontrando en cada esquina la tierra conquistada que repetía los estilos de una decadente y vesánica península. En aquellos días, Lisboa era lo suficientemente pobre para ser una urbe peligrosa pero tenía la policía necesaria para mantener la mugre lejos de los corredores turísticos y las navajas a distancia de los extranjeros. Estuvo pocos días, no permitió que las imágenes se grabaran en su memoria y se marchó a Porto. Alguien le había dicho que en aquel lugar la luna y los atardeceres poseían colores más opacos y la gente estaba más entregada a la desgracia y menos dispuesta al odio.

Tomó el tren que bordea esa costa europea. La gente subía para ir de un pueblo a otro. La máquina parecía una tripa llena de animalejos y nadie miraba la vastedad de aquella quieta alfombra azul. Supuso que no se trataba de la costumbre y pensó que era un gesto prudente.

Sin embargo, no pudo apartar su mirada de aquel azul caprichoso. Varias veces bajó para tocar las aguas y sintió su mano helada. Algunos hombres de aquellas provincias le platicaron que a lo largo del trayecto había palacios góticos y medievales, donde se podía hospedar cualquiera que contara con el dinero suficiente para pagar un falso viaje en el tiempo.

Volvía a subir y bajar del tren. En algún momento divisó uno de esos palacios; se acercó a las altas murallas y cruzó un puente, entró hasta el restaurante y, sí, comió platillos eternos. Pensó que aquellos manjares eran lo único real entre el tiempo muerto y su viaje. La distancia entre el mar y el pasado era demasiada así que regresó al tren.

Al atardecer, bajó en otro pueblo para ver la lucha entre el sol y el mar. Se hospedó en Espinho, en el hotel Azul, situado en la avenida Nueve. Dos días se quedó ahí sin otro ejercicio que mirar hacia el horizonte. Después siguió su camino a Porto. Empezaba a tener más interés por la gente que subía y bajaba, por su lengua, sus hábitos, los alimentos que se vendían en cada estación y las mujeres.

Cuando llegó a Porto, lo primero que vio en la terminal fue un mapa de los viajes transatlánticos que fatigaron los portugueses en el siglo XVI. Había recorrido y pisado muchos de esos puertos sin saberlo. Mejor así, la historia de los lugares es el más falso de sus ropajes, pensó.

La segunda noche en Porto, se dedicó a probar todas las variantes de aquel vino sacro, dulzón y espeso, que era la fama ingrata de aquel pueblo. Recorrió las orillas domesticadas por donde entraba el mar y se alzaban las fábricas de piedra en las que se producía el licor. Estuvo en varios degustaderos, probó el café más tinto de sangre que el vino y terminó cenando arroces y mariscos, en el festín de una inagotable muerte vestida de azaleas.

Acabó en un bar. A la una de la mañana, cuando todos se retiraron del antro aquel, él hizo lo mismo, se dirigía a su aposento; pero lo sorprendió en el camino una cafetería inmensa, iluminada y llena de parroquianos que habían recalado ahí. Entró, comió algún pan, bebió un café y perdió todo el alcohol que había ganado. Al salir, el aire preñado de mar se paseaba por todo el puerto.

Rumbo a su hotel cruzó un jardín. Un jardín rojo, lleno de muchachas y jóvenes engalanados con colores exagerados. En dos de las esquinas de la plaza había luz, gente y música. Sin dudarlo, se dirigió a la más lejana.

No bien entró en la taberna su mirada se fatigó. Nadie se percató de sus huesos y él no tuvo los suficientes ojos para observar en el interior. Se arrimó a la barra y pidió una copa de vino. Empezó a beber mientras seguía en el reflejo del espejo la escena a sus espaldas.

Las parejas bailaban en una esquina la música pelona y desentonada que ellas mismas y los que yacían sobre las mesas cantaban; al tiempo que se contoneaban, aquellos danzantes lánguidos se golpeaban sutilmente y se arañaban. Las manos bajaban a las vaginas o a los penes y las parejas empezaban a desvanecerse del lugar o, si el toqueo no era de agrado, todos seguían con un falso éxtasis el tirón de los cabellos, la patada, el escupitajo.

En otras mesas hombres discutían y prostitutas se masturbaban contra algún parroquiano que se volvía un *rictus*. El sudor agrio del fin de los carnavales parecía haberse inmovilizado ahí. Las botellas de vino pasaban de mano en mano, las caras deformadas por el placer, el vómito y el coito que vendría, eran un solo retrato de familia. Empezó a entender, a percatarse de los movimientos recurrentes.

Algunas diligentes hembras y sus pares atendían las mesas, pero de vez en vez subían y bajaban por unas escaleras mal iluminadas. Todas y todos llegaban a la barra, servían copas, destapaban botellas de vino o cerveza y se iban a atender a los parroquianos; si alguno solicitaba otro servicio, desaparecían y, en menos de quince minutos, regresaban a seguir la rutina.

Tiempo después, en medio de los insectos que buscaban la luz, los clientes victoriosos o derrotados bajaban en busca de otra mujer, de otro hombre o de otro trago.

Una de las ménades, alta y fuerte, con los ojos verdes y grandes y las pieles avanzando inclementes contra su forma, fue a su lado y le pidió que le invitara un tinto; lo mismo hizo un hombre delgado, con los labios nacarados, una nariz mínima, el pelo negro y los huesos del rostro tensándole la piel ya vieja. No tuvo empacho en pedir una botella. Ambos le prometían cosas incomprensibles, a cada flanco gritaban en una lengua extraña. Él sólo apartaba aquellas manos

rápidas y lascivas, y ambos apostaban sobre la preferencia sexual que tendría esa noche el forastero.

De vez en cuando desaparecían, requeridos por algún macho desesperado. Regresaban a contarle de la ceniza sexual, del simulacro que habían representado. Todo en esta vida, pensó, puede alcanzar la normalidad. Se sentía bien.

En ese momento, cuando las aguas se calmaban en su interior, entró un ciego con un acordeón a cuestas. Se dirigió a tientas contra la barra y el cantinero sirvió una caña doble. El ciego la bebió de un trago, bajó el instrumento y se lanzó a mitad de la pista con las manos extendidas, tanteando las carnes que encontraba, empujándolas y despreciándolas, cayéndose él mismo y volviéndose a poner de pie, hasta que sus entrenadas tenazas sintieron unos senos. Lanzó todo su cuerpo contra aquella mujer, y ambos se fueron al suelo. Al tiempo que él le buscaba los labios y ella se reía y le mordía la boca, él se excitaba más.

Molenco y deforme, no era más que un pedazo de carne con deseo. La imagen seguía y él la atrapaba con un breve mareo; hasta que ella dejó de jugar con aquel castrado de vista y con una patada se lo quitó de encima; después abrió las piernas sobre él y lo orinó. El ciego quedó petrificado.

Sintió un lejano temor que se iba diluyendo y empezó a moverse. Llegó hasta aquel hombre ácido y con una fuerza que no se conocía lo levantó. Lo tomó del raído saco y no se sorprendió con la respuesta del ciego. Todo, desde el lenguaje hasta el sentido, fue comprensible en aquel instante. “Perdón, yo puedo pagar por esa cosa” —dijo el hombre que elevaba unos ojos blancos hacia el techo, al tiempo que sacaba de la bolsa un saco con el dinero que había ganado ese día. “No es ninguna cosa. Pregúntale si acepta tu dinero y si lo hace la deberíaís honrar. Recuerda que el honor no es un vacío”.

Observó a su alrededor y el lugar tenía variaciones (no solo eso, era otro). Nada era extraño para él. Conocía los tatuajes, las cicatrices, las arracadas, los arcabuces, las dagas, los sables y las espadas de

hombres tuertos y sanguinarios; acariciaba las sonrisas calientes, las faldas llenas de amuletos, los anillos mágicos y las uñas negras de mujeres mecidas en sangre. Sintió el oleaje. Estaba en el mar. Dirigía una tripulación. Las paredes de madera chirriaban. Había un ambiente salobre y donde posaba su mirada había temor. Regresó a beber a la barra. La mujer y el hombre que lo habían acompañado estaban mejor vestidos que los demás y lo protegían con celo. Percibió que antes de perder su vida la perderían aquellos dos.

En algún infame segundo de la noche, el enemigo tomó por asalto la nave. Él no lo previó. Sabe que las puertas se abrieron, mientras un mar de luces y toletes penetraba. Observó los golpes, la gente cayendo, la sangre por los salones, el vino regado y, en la confusión, recuerda que lo llevaron por la escalera y lo arrojaron por un indigno tubo; y se vio en medio de la noche, frente a la luna, sin entender qué había pasado.

Dio sigilosamente la vuelta y observó subir, a golpes de mano y culatazos, a toda una horda de malvivientes a las camionetas de la policía. Llegó a ver al ciego que peleaba con su bastón y era abatido por una bala, y recuerda los ojos angustiados de una mujer que buscaba a alguien, jadeando y mordiendo a todos los policías que intentaban detenerla. Se llevaron a cada uno. Solo en ese momento se acercó y vio la pocilga derruida, donde el aire fresco de la noche empezaba a conquistar el espacio.

Caminó sin destino, hasta que vio el mar y sus piernas se dirigieron hacia la orilla. Cuando estuvo frente al espejo azul, se sentó, dobló sus piernas contra su pecho, abrazó sus rodillas y escondió su cabeza; entonces lloró y pidió perdón por viajar, por conducirlos, por salvarse.

LA CONSTELACIÓN DEL PEJELAGARTO

Llegué hasta ahí para conocer la constelación del Pejelagarto. Esto no lo supe, sino luego, cuando mi hijo murió.

Ahora vivo en Jonuta, el último lugar antes de los pantanos. Yo los conozco bien, me he castigado recorriendo los manglares ocultos y buscando los lagartos negros que se come la gente de por aquí. Cuando tomo pox, me gusta recordar.

Salí un día con una carga de cervezas desde Campeche. En Champotón reventé una llanta, como estaba planeado, y, ahí mismo, rellenaron los neumáticos con la droga. Todo era habitual, nada indicaba algún cambio. Hice la misma ruta. Bajé por la costa desde la carretera número 180. Circulé por un desfiladero similar a la Bahía de James en Canadá, al Golfo de Carpentaria en Australia, a las penínsulas de Shandong en China y de Yamal en Rusia, al furioso puerto de Liverpool en Inglaterra. Todos los he visto con mis propios ojos, los he recorrido y he sentido que en esos codos de tierra ningún Dios existe. En ellos solo hay un aire sin demonios, un frío inmarcesible y un horizonte sin destino.

Aquel día aceleré para salir de esos kilómetros irreales. Lo debí intuir cuando detuve el camión y bajé a orinar. Caminé hasta la playa y salté la barda de piedras apiladas que quieren detener el avance del mar. Volví a ver las palmeras muertas, esos cabellos quemados a los que la tierra les impide desplomarse y descansar. El mar, el aire y el sol eran una sola placenta vacía.

Cuando llegué a Ciudad del Carmen, ese puente interminable me volvió a indicar que estaba en el fin del mundo. Las aguas conta-

minadas y salobres recalaban sobre aquella barra de metal frío. Al conseguir abandonar el puente vi las casas de lámina y madera al pie del puente. ¿Por qué no escapan de ahí?, ¿por qué no se mueren? Nunca he visto desesperanza comparable a la de aquellos acantilados artificiales. Ni siquiera en las ciudades de frontera, con sus decenas de *yonquis* que han decidido vivir en el final de un país, he podido ver la soledad inmerecida de los niños que corren bajo los puentes, en medio de aquellos mares de pus.

Volví, como siempre que hacia el viaje, a parar en San Pedro. Y me tranquilizó el inicio de otro paisaje demente. Los pozos petroleros en medio del mar, las lagunas y la noche. Los barcos yendo y viniendo hacia las fuentes ennegrecidas que sacaban las pulpas más pútridas de la tierra. Pero era preferible. El calor empezaba a dominar el aire, la gente usaba ropas ligeras y estaba viva.

En Nueva Creación se pinchó otro neumático, pensé que había sido un accidente y que esto me traería grandes problemas con la droga, pero ni siquiera tuve tiempo de preocuparme, porque las luces altas de un jeep me pusieron sobre aviso de que no se trataba de un accidente. Salté del camión al tiempo que oía las ráfagas de fuego cruzar la noche. Pequeñas luces artificiales que no podrían competir con el fuego de los pozos de petróleo.

Usé mi pistola para robar un auto en el pueblo y con él avancé hasta Macuiltepec. Ahora sabía que no podía regresar ni avanzar. En Villahermosa iba a encontrarme con quien se cercioraría de que todo marchaba bien. Nada estaba bien ya. Hacia atrás del camino, la gente del otro cártel tendría también, no obligación, tan solo ganas de matarme. Maldije mi suerte y me adentré, a pie, hacia el Este. Esa fue mi primera noche de los pantanos. Todavía hoy siento el mismo miedo inicial; pero ya no regresa envuelto en el pánico que me paralizó, por horas, en un rezo frenético y que me hizo vaciar mi pistola contra algo o alguien que aún hoy no sé qué fue.

Al amanecer, el hambre y los pobladores me ayudaron. Me condujeron a una estación de tren y ahí abordé aquella serpiente irreal.

Refugiado entre las pacas de mierda que transportaba esa máquina caduca, llegué a Estación Macuspana. Utilicé mi pistola vacía para robar un auto y un poco de dinero. Y fui a Macuspana.

Compré ropa y me hospedé en un hotel que se apostaba en la entrada de la ciudad. Después de tomar un baño, fui a la carretera para ocultar el auto y abandonarlo. Era demasiado noche para decidir qué hacer, sólo me dejé llevar al pueblo. Entré primero en la Barra 1 y después en la Barra 2. Cantinas baratas, llenas de macuspanos que bebían sin tregua y sin fin. A las doce de la noche, el hermoso poblado iluminado y lleno de vida estaba convertido en un mundo dormido. Crucé la calle de Insurgentes y busqué la plaza central, cuando vi un letrero que me llamó la atención:

Se vende ropa bonita para mujeres en buen estado

Junto al letrero había una dama hermosa, vestía un traje negro que resaltaba sus labios rojos. Caminé rápidamente y entré en la Iris. La seguí. No me sorprendió lo que vi. Una huerta llena de perfumes, juguetes, hamacas, ebrios, mujeres bellas y horribles, plantas. Al cruzar toda esa maleza apareció lo que seguramente fue la sala principal de la casa. Ninguna pared podía respirar, todas estaban sofocadas por figuras de artistas, carteles de películas, mapas, ollas, jarros, botellas de vino y máscaras de luchadores que habían sido ofrendadas a aquel santuario. También había un conjunto de ancianos tocando corridos y polkas, y muchas mujeres y hombres bailaban y se reían en un frenesí interno. Sin embargo, todo esto lo reconstruí después, cuando entré sólo estaba ella. Todo lo demás era una sombra.

Me enamoré sin demora y sin esperanza. Era la dueña del lugar y esperaba siempre a alguien. No era yo. La casa donde estábamos se la había dejado un hombre llamado Lucio, que tenía como oficio navegar y contrabandear droga. Trabajaba en mi misma vida. Quizá nos habíamos visto antes. Ahora yo tenía su destino. Pero él había llegado primero a Macuspana y eso lo convertía en la cara no borrada de

la moneda. La conoció y se quedó aquí hasta que logró enamorarla y la llamó la Reina Roja.

Cuando supe toda la historia me emborraché, fui tras ella y le pedí una oportunidad, una esperanza mínima y contestó soberbia: “Ni nadie ni nunca vivirá en mi corazón. Es de él. Le pertenece como me pertenece mi vida”.

Pero me invitó una copa y se suavizó, y no le fue indiferente que la tocara. Sonrió. Nos emborrachamos juntos y fuimos a su cuarto y la amé con devoción y no sufrí en cada momento en que me llamó Lucio.

Solo después, la segunda vez, la golpeé. Cobarde y traidor. La hice entrar en razón y entendió que yo no era ni quería ser Lucio. Fue cuando sus ojos despertaron y me di cuenta, por primera vez, por qué la había llamado la Reina Roja. Me intentó correr y golpear y yo me derrumbé ante la posibilidad de la dicha y no encontré palabras para pedir perdón.


Al tiempo que la forzaba tomó un cuchillo y me abrió la cara y un brazo. Me levanté mientras que le gritaba “puta barata”.

Entonces, creí que me largaría por siempre.

Comencé a vivir bajo el puente de Ciudad del Carmen. Primero lo hice para esconderme de los asesinos que andarían buscándome. Después ella vino implacable a mis sueños y yo permanecí en esa tumba mientras encontraba fuerzas para regresar.

Cuatro meses después lo hice. La cantina Iris estaba cerrada y ella, me dijeron, no había vuelto a salir de casa. Corría el rumor de que estaba embarazada. La busqué, toqué una y mil veces sus ventanas. Un día casi tiro la puerta, sino es porque la policía llegó por mí. Entonces empecé a vivir en las afueras del pueblo, comiendo lo que encontraba, trabajando en oficios miserables, hasta que un día la fui a buscar y ella deslizó un recado por la puerta. En septiembre nacería mi hijo y entonces podría entrar.

Solo faltaban dos meses. Cambié por completo. Comencé a trabajar febrilmente, ahorré dinero. Septiembre llegó. La partera me dijo que la vería el día 3 y que yo sería recibido el 10.



Llegué. Con ropa nueva y regalos. Había pasado a tomar unas copas e invité varias rondas en medio de adornos patrios y jolgorios previos. Toqué la puerta y ella abrió. Caminó sin decir nada y se sentó en el centro de la cantina, junto a una mesa donde había una cuna. Me indicó que me acercara pero que no viera al niño. Entonces se paró, fue tras la barra, sacó algo de un cajón y dijo: “Lucio murió poco tiempo después de que yo te conocí; de él es mi corazón y mi vida. Toma tu hijo, algún día lo tenía que echar para poder seguir a mi Lucio. Ahí lo buscaré, entre los pantanos. Seremos parte de una constelación”.

Al terminar de hablar se llevó un revolver a la boca hasta que chocó con su paladar. Yo temblaba; y cuando descubrí al niño, vi que estaba muerto. Salí con él entre mis brazos, lo enterré en los pantanos, aquí, donde flota la constelación del Pejelagarto.

HOTEL IMPERIAL

Una buena mañana, cuyo mediodía no está manchado de sangre, si la infección ha calado en todos los órganos de la vida espiritual; solamente la memoria conserva entonces como una historia sucedida no se sabe cómo el modo muerto de la anterior figura del espíritu; y la nueva serpiente de la sabiduría elevada a la adoración solo se ha despojado así, de un modo indoloro, de una piel ya ajada.

HEGEL

Me hospedé en el hotel Imperial que queda en la calle de Porici, a unas cuadras del centro. Todavía es un edificio en restauración, recuperándose después de haber acuartelado a soldados o a decenas de familias, no lo sé. La situación no ha cambiado mucho, lo ocupan como hostel los maleducados franceses, aunque debo decir que me son todavía soportables. Nunca me hubiera hospedado ahí de haber sabido que algún grupo de *springbreakers* estaba alojado en esas fechas; pero bueno, eso no sucedió, era un lugar limpio, barato y la recepcionista me dio una habitación aislada de la turba.

El único motivo que el hotel conserva de sus primeros años del siglo xx es un hermoso salón, que ahora se llena por la mañana, para que los huéspedes desayunen panes fríos y jamones baratos; pero por la noche toca alguna banda de jazz y las mujeres vuelven a lucir como princesas y a desafiar cualquier invierno. Aquella noche salí de mi cuarto después de un encierro de más de dos días.

Había viajado desde Londres, con los nervios destrozados por un texto de un conocido filósofo suabo que me perturbaba día y noche. Decidí darme una semana de descanso; no pensar y quizá, rogué, olvidarlo para siempre. No lo conseguí. Cometí el error de llevar conmigo una computadora portátil con el texto; en el corto tiempo en el avión me mantuve lejos de ese archivo; pero cuando tomé el tren desde Viena a Praga lo abrí. No pude dejar de ensuciar el paisaje con aquellas frases impertinentes e irreales. Cuando llegué a aquella mítica ciudad, lo único que me interesaba era un cuarto donde pudiera volver a corregir el trabajo. Por eso me hospedé ahí, el hotel está situado a dos cuadras de la estación del tren.

Durante los dos primeros días solo había bajado dos veces a la recepción por una bolsa de papas y dos refrescos y, de pronto, me sentí mareado e imbécil, pegado a esas cuartillas que ni siquiera había podido imprimir y que revisaba en el ordenador. Fue cuando bajé por tercera vez, pero ahora aturdido e incrédulo de que el mundo existiera.

Recuerdo que la recepcionista me sonrió; entré en el gran salón y alcancé a oír las dos piezas finales que tocaba aquel grupo y el estúpido mesero se negó a servirme más de una cerveza porque se disponían a cerrar. Me daba miedo regresar a mi cuarto y encadenarme a aquella frase que se había apoderado de mí.

Salí a la calle. Soporté el viento y la lluvia que se llevaba la nieve. Me dio gusto percatarme de que mi cabeza dejaba de estar ocupada por el alemán, y que se hacían tenues todos los otros pensadores con los que yo había intentado una analogía para contradecirlo. Mi cuerpo y mi mente empezaban a ser dominados por otras necesidades. Tenía hambre y sed.

Busqué alguna luz. Me topé con dos lugares cerrados; hasta que un foco que se prendía sobre unas escaleras me indicó un sótano que alojaba un pequeño restaurante. Comí una sopa de mal gusto; pero en cambio, probé varias cervezas negras y espesas, de su tipo, las mejores que he tomado. Me emborraché un poco y cuando alguien in-

tentó hablarme y me fue imposible entender una sola palabra, comprendí que era tiempo de dejar el lugar. No estaba de humor para soportar otro fracaso de interpretación.

Llegué a otro bar. El primer piso era elegante, incluso rayaba en lo sofisticado; abajo era extraño. Una serie de meseras desnudas iban y venían con los tragos y las viandas. En medio de su ajeteo flirteaban y se manoseaban con los hombres que servían los tragos. Imbéciles tipos musculosos que mostraban sus pechos desnudos y les apretaban los pezones a esas mujeres de mercurio. Todos aparentábamos una normalidad absoluta; una represión extraña para observar aquello que se nos ofrecía a la vista y que yo, por lo menos, me negaba a disfrutar o padecer.

Ahora me río de mí; en ese momento pude haber comprendido la frase que me atormentaba, pero la situación no era lo suficientemente obvia para mi entorpecido cerebro.

Salí después de una hora de observar ir y venir esas carnes translúcidas, agobiadas de tedio y de deferencia. Fui hacia el centro a mirar las iglesias, las casas, los pequeños palacios que no había visto aún.

Cuando me encontraba cruzando el Puente de Carlos, mi vista se fijó en un mendigo que, arrodillado y estático, extendía la mano. Me detuve frente a él. No levantó la vista, pero pude observar que su parálisis no era total; temblaba.

Seguí adelante, maravillado por el paisaje, hasta que en la siguiente esquina del puente observé a otro limosnero. Volví a detenerme, cuando vi que este no temblaba le arrojé a la mano algunas monedas que traía en la bolsa. Caminé todavía veinte minutos más hacia el palacio que se alzaba en el horizonte, pero desistí antes de llegar hasta él.

Cuando regresé, vi que mis monedas estaban en el suelo y algunas sobre la palma de aquel hombre. Me pareció que no respiraba, pateé ligeramente su rodilla con mi pie. No sucedió nada. Empujé su hombro y lo vi perder el equilibrio y caer como una daga. Fijo e inerte, al chocar contra una piedra se abrió la ceja y vi un hilo de sangre bajar por su mejilla izquierda. Lo sacudí, pero no respondió. Puse mi

mano en su nariz y no sentí ningún calor. Estaba muerto. Volví a ver su rostro escrito con una línea perfecta de sangre.

Me apresuré hasta llegar a la otra esquina y le dije a su compañero que lo viera. Recibí una contestación en un latín eclesial:

—*Charitate.*

Le dije que estaba muerto el otro hombre. No levantó la cabeza. Me arrodillé y dije en latín:

—*Morte, mortuu.*

Le levanté la cara y aquel diminuto pordiosero me empujó y, sin levantarse, me mostró una navaja. Comprendí que aquel hombre no entendió y que estaba listo para quien quisiera distraerlo de su trabajo. Me puse de pie y me fui. En medio de la plaza vi a dos policías y me dirigí hacia ellos.

Corrí, y cuando estuve cerca les dije que había un hombre muerto sobre el puente. Me preguntaron si me refería a los limosneros. Contesté que sí.

—Estará congelado —dijo uno de ellos. Los dos se echaron a reír.

—¡No! Está muerto —respondí irritado

Entonces me miraron y el que no había hablado dijo en un inglés perfecto:

—Nadie les manda a estar ahí. Despreocúpese, entre ellos mismos se levantan. ¿Sabe para qué usan el dinero que ustedes les dan? Para enterrarse.

Me largué de ahí. A lo lejos, los oí platicar en su lengua materna. Dos veces alguien se acercó a mí para venderme algo. No comprendí una sola palabra de varios idiomas perdidos.

Busqué el hotel. Cuando di con él e iba a entrar me detuve en la puerta y observé la fachada. No me había percatado de las gárgolas que adornaban el portón. Todas parecían frágiles y estaban astilladas y llenas de cicatrices. Una de aquellas gárgolas tenía una marca en la mejilla izquierda, similar a la que se le formaría al hombre del puente. Sólo en ese momento comprendí. La frase de Hegel era falsa: “Las heridas del espíritu se curan sin dejar cicatriz”.

GENTES

*Entonces ella se dio vuelta. Apagó la llama de la vela.
Cerró la puerta y abrió sus sollozos, que se siguieron
oyendo confundidos con la lluvia.*

JUAN RULFO

En la última semana empezó a leer una novela que trataba sobre un secuestro. El día anterior, antes de irse a dormir, mi abuela Joanna nos pidió que la liberáramos, nos dijo que sus *gentes* no tenían dinero para el rescate o que la matáramos de una vez. Mi hermana y yo nos preocupamos, pero no entendimos qué pasaba; durante la cena se había comportado normalmente.

La mañana del siguiente día, no la encontramos en la casa y la puerta estaba abierta. Nos preocupamos y la empezamos a buscar. Ella nunca salía sin haberlo comentado antes o sin dejar un recado. Cuando regresamos al departamento había un mensaje. Estaba en el hospital.

Todo indicaba que había salido en la madrugada; por suerte, llevaba su cartera y una identificación. Una patrulla la encontró en el parque, congelándose y con la memoria difuminada.

Mi hermana la cuidaba por ahora; yo iría esa noche y mañana la llevaríamos a casa. Ya había estado hospitalizada durante cinco días y no nos reconocía.

Regresamos a la casa y la abuela Joanna no recordó más. Nos trataba con desconfianza y con miedo y siempre repetía: “Cuando irán

a venir mis *gentes* por mí”. Algunas veces nos miraba y soltaba la misma cantaleta: “No seas mala, llévame con mis *gentes*” o “Déjame ir con mis *gentes*”. Si alguna vez le preguntábamos quiénes eras “sus *gentes*”, la mirada se le iba lejos, algo parecía que abandonaba su cuerpo, su rostro se adelgazaba en el intento de retener el mundo. No contestaba, si insistíamos, decía: “Mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hijas... ya vendrán mis *gentes*”.

Un día desperté, la vi contando una y otra vez los fogones de la estufa. Prendía los cuatro y los contaba, después los apagaba y los volvía a contar. Era como si quisiera volver a aprenderlo todo o como si confirmara que pertenecía a este mundo. Al final de contar las flamas y apagarlas, se reía. Cuando me acerqué a ella y conté en voz alta, una inmensa risa le brotó de los labios.

—¿Verdad que sí son cuatro? —me preguntó ansiosa.

—Verdad, abuela —le contesté.


Después de esto, desayunamos y la arropé, le dije que daríamos un paseo. La subí al coche y la llevé al panteón. Cuando llegamos a la tumba de mi abuelo y mi madre, le dije con dificultad:

—Mira abuela, estas son tus *gentes* y están muertas. Ahí están los restos de mi mamá —le dije señalando una tumba—. Tú todavía tienes que estar conmigo.

—Hay linda, cómo siento que se te haya muerto tu mamá —me contestó al tiempo que acariciaba mi cara—. Vamos ya, porque tengo mucho frío. Estas no son mis *gentes*.

Esa noche, mientras fumaba y esperaba a mi hermana, sentí la cercanía del mundo. Me pregunté en qué momento de su vida, mi abuela Joanna habría sido tan feliz; qué infancia era esa que ahora la reclamaba, al grado que a ella solo le interesaba aquel regreso que nada tenía que ver con la muerte y la vida. O quizá, pensé, nunca fue feliz y quiere regresar a un lugar que no existe.

En eso estaba cuando la vi levantarse con dificultad del sillón y salir a la terraza en medio de la nevada. Se refugió del viento en una esquina y se puso a contar estrellas. Fui por una cobija para cubrirla



y empecé a repetir números con mi abuela. Mientras más estrellas contábamos, el espacio se reducía. Acabamos enumerando muchas veces tres, hasta que ella se detuvo y se fue a su cama. Cuando cerró los ojos, me puse a contarlos y eran dos, siempre dos.

Aquel día murió, sin que yo haya podido aún juntar con mis manos el número de sus muertes. Algunas veces veo por la ventana aparecer las constelaciones, y me pregunto cuándo me llamarán mis *gentes*, luego, empiezo a contarlos todo, para saber que no me extraviaré en la locura antes de que lleguen por mí.

EL SÓTANO

—*Te quiero. Y no sirve. Y es otra cara de la desgracia.*

ONETTI

Vine a Chicago a perfeccionar mi técnica y mi interpretación con el violín. Llegué con una maleta, una mochila rota y mi violín. Moriré en unos minutos.

Me tuve que hospedar aquí, en casa de esta usurera que por 300 dólares me renta el sótano de su casa. La calefacción no llega hasta aquí y nunca entra el sol. El cuarto estaba pintado con un azul débil, pero ahora ni eso distingo por el humo que lo cubre todo. Me fui llenando de libros, todos prestados, y ahora veo cómo se queman las hojas. Se asemejan al otoño siniestro de Iowa. Las hojas se pintan de los más hermosos colores para después morir. Los libros eran lo único que me hacía feliz en este hoyo. Pobres personajes capturados... ahora se queman. Mi violín también ha desaparecido. Las rapsodias, las fugas y los sonetos que desgasté, en un tiempo que se consumía sin furia, están difuminadas.

Ahora recuerdo que salía temprano de esta hielera cada día y regresaba por la noche. Solo así podía pasar el tiempo, con una rutina infame y febril. Cada mañana me levantaba a las siete en punto y me bañaba de prisa. Muerto de frío iba a este cuarto que ni los insectos soportan. La temperatura era tan baja que cargaba un dolor permanente que se exasperaba en el piso de cemento. Era feliz cuando el agua caliente cubría mi cuerpo; pero el aire es atroz aquí. No hay vapor, ningún calor permanece. Otra vez el frío lento y sucio empezaba

a entrar en mi piel y se instalaba en mi osamenta. Ya nunca se iba de mí durante el día.

Después del baño, la escuchaba bajar las escaleras y preparar un café. Yo mientras me vestía, seguía los pasos que daba ella, las vueltas alrededor de la cocina que está sobre mi cama. Y las gatas empezaban a maullar.

Quizá ellas crearon este final. Las primeras semanas bajaban a olfatear el sótano. No se querían entre ellas y la más débil, la que cazaba fuera y nunca se comía aquellos ratones y pájaros que destazaba, solo venía cuando se cercioraba de que su madre se había ido. Ambas se subían a mi regazo. En las noches era la madre la que dormía conmigo; pero si en algún momento salía de la casa por alguna ventana que lograba abrir, la hija llegaba y ocupaba su lugar hasta que su progenitora saltaba violentamente sobre ella y le intentaba sacar los ojos.

Cuando ella se dio cuenta de que las gatas permanecían tanto tiempo conmigo les redujo la comida; después les compró juguetes; luego se acostumbró a patearlas por las mañanas y ahora esto.

Después de que mal alimentaba a las gatas, entraba en la regadera y yo tenía media hora para ir a hervir un huevo, hacer un sándwich y tomar un café. El abúlico tiempo para realizar esa rutina me permitió calcular todo y encontrar placer en el líquido negro que me bebía diario y en ese óvalo duro y blanco que me hacía recordar la existencia del sabor.

Justo a la media hora, cuando apagaba la secadora del pelo, yo salía de la casa y algunas veces por la ventana la veía abandonar el baño, envuelta una bata azul que no cerraba bien, y sus carnes firmes todavía y sus senos grandes me alegraban el día. Los primeros días la deseaba.

En las calles veía aparecer un simulacro de sol que ni siquiera derretía la nieve. Yo vivía fuera de la zona del metro y no tenía dinero para pagar un camión. Recuerdo que me contaba cuentos a mí mismo en esos largos trayectos. Me imaginaba otras vidas. Alguna vez yo era el que le rentaba el sótano a ella y la extorsionaba sexualmente.

Regresaba a casa a las once para no encontrarla fuera de su cuarto. Solo veía, a una cuadra de distancia, la televisión prendida en el piso de arriba. Entrar en ese refugio del viento me hacía olvidar, durante la última cuadra, la negra nieve hecha un lodo blanco que seguía filtrándose por mis zapatos.

Tenía que pagarle dos veces al mes la renta y la mitad de las cuentas del agua, el gas y la luz. Una vez cada quince días demoraba mi salida o subía mientras alimentaba a las gatas. Nos sonreíamos y siempre decíamos que era una lástima no coincidir. Mentíamos sobre nuestros planes y quedábamos de encontrarnos algún imposible día en el cine o en algún restaurante de la universidad. Ella es una maestra de biología. Lo cierto es que ambos nos sentíamos perturbados. Ella parecía recordar que tenía enterrado a alguien en su casa, a alguien vivo. Yo en cambio no sé qué pensaba. Puedo decir ahora que me inquietaba su olor a miedo; su deseo de correrme o de violarme y que era tanta mi tentación de su cuerpo (no sé para qué lo quería), que regresaba con las manos casi sangradas por hacer escalas en mi violín durante horas interminables a la orilla de esos lagos sin fin que tiene Chicago.

Al final establecimos una rutina para no encontrarnos. Los dos sabíamos que solo lo teníamos que hacer dos veces al mes. En esos días, el 15 y el último de cada ciclo lunar, yo despertaba diez minutos antes para llevarle el dinero e intercambiar frases huecas durante cinco minutos; ella bajaba con gran estruendo, tosía y me esperaba con ansias.

Después del tercer mes, yo pensé que los gastos no variarían y subí a las doce de la noche a dejar el dinero para evitar verla. Mi sorpresa fue que salió del estudio con una cuenta hecha. Ella había pensado lo mismo y me dejaría la nota para evitarme al día siguiente. Los dos sonreímos e inventamos la misma excusa, no tendríamos tiempo mañana.

Nunca más volvimos a hablar, solo nos oímos por los siguientes meses. Yo dejaba el dinero sobre la mesa y recogía la cuenta. Algún

fin de semana nos cruzamos y nos bastó una mueca que ninguno de los dos había comprendido.

Se me acaba el tiempo.

La semana pasada estuve feliz. Hoy me iría de este país. Mi técnica ha mejorado y tuve, a decir de mis tutores, algunas interpretaciones sublimes de Bach. Ella también cambió sus hábitos en esta última semana. Se estuvo levantando más tarde, y debió de ser feliz. Cocinó todos los días y yo robé algo de la comida que ella dejaba fuera del refrigerador todas las noches. Arregló la casa, compró flores y barrió las hojas que habían caído demasiado tarde, lejos del otoño. Las apiló junto a las puertas y eran hermosas: naranjas, amarillas y las más bellas, rojas. Todas muertas.

Las gatas en cambio estuvieron llorando toda la semana. Creo que dos días las encerró, porque no bajaron a verme. ¿Por qué llorarían, por mí, por ella o por sí mismas? Siempre he pensado que esos animales viven en otro tiempo, en uno donde el futuro ya aconteció y lo conocen, ¿por qué no huyeron?

El día de ayer empaqué mis pocas pertenencias y decidí subir a decirle adiós esta mañana. Yo había recogido una nota que ella dejó, donde decía que las deudas estaban saldadas por completo. Sin embargo, al amanecer tuve un inmenso deseo de verla y, por eso, decidí salir más temprano. Me levanté, maldiciendo un frío que no volveré a tener, me bañé y a las siete de la mañana decidí largarme. Fue cuando me di cuenta de que las puertas estaban cerradas con llave, y que tras las ventanas y las puertas había trancas y objetos que colocó en la madrugada. Me aterroricé; empecé a intentar salir, a golpear las puertas; subí instintivamente a su cuarto y vi a las gatas muertas sobre su cama. Entonces empecé a ver las llamas y por una rendija la vi prendiendo las hojas de otoño que seguramente había rociado con gasolina, porque pronto la casa ardía. Regresé al cuarto por las gatas, intenté volver a salir, pero me di cuenta de que era imposible. El fuego me fue llevando al sótano y ahora estoy aquí.

No aguanto mi voz y pronto ya no la desearé más.

EL HOMBRE DE LA REPRESENTACIÓN

La Realidad es como esa imagen nuestra que surge en todos los espejos, simulacro que por nosotros existe, que con nosotros viene, gesticula y se va, pero en cuya busca basta ir, para dar siempre con él.

JORGE LUIS BORGES

No pensaba detenerse frente a estas telas pintadas decenios de años atrás, le interesaban las vanguardias, la pintura de Miró, las exposiciones especiales. Solo a esto había venido a Londres. No sabía entonces que eran los últimos días en que se exponía la colección de pintura inglesa del XVIII y principios del XIX, una tradición menor. Para ahorrar el habitual tumulto de las salas, donde la gente empieza a deslumbrarse con los pintores del siglo XX, decidió entrar por la derecha. Ahí reconoció aquellos cuadros clásicos que le habían hecho memorizar en la escuela: *A View on the Stour, Stour Valley and Dedham Church, Dedham Lock and Mill, The Opening of Waterloo Bridge* y miró por un breve tiempo uno de los considerados doce cuadros más importantes de la Galería Nacional, *The Hay Wain*.

John Constable, no mal, pensó y apuró el paso; pero de reojo alcanzó a mirar *Flatford Lock and Mill* y algo lo detuvo. Se olvidó de Miró, por un momento, y regresó al centro de la sala.

El intento de realismo volvía al cuadro inverosímil. Así no era la vida, pensó. Es más, se dijo, así no debió de ser. El error está en los tonos, en la pintura tan pesada, en estos aceites vueltos colores que intentan disfrazar las texturas sutiles de la naturaleza. Inmediata-

mente pensó en el arte pop y se corrigió, también esos materiales planos y fugaces intentaban cierta clase de realismo, y tampoco lo lograban.

Le sorprendió percatarse de que los trazos y los colores estaban a punto de desbordar las formas. Unos años más y el impresionismo que tanto fascinaba todavía a los principiantes acontecería como un paso natural, un desarrollo progresivo de una violencia previa. Por primera vez se atrevió a pensar mal de Picasso y creyó que su fama se debía, en parte, a la languidez de las vanguardias occidentales de principios de siglo. Cualquiera con un poco de incertidumbre y maldad estaba condenado a ser un genio en esos tiempos mecánicos y futuristas.

Poco a poco fue recorriendo todos los cuadros, hasta que se sentó e hizo un recorrido fugaz por aquellas ventanas del inglés. Pensó, para seguir su diatriba contra las vanguardias posrománticas del desaparecido siglo xx, que el suyo también era un tiempo de vanidad tecnológica. El vómito de información, se confesó, nos vuelve más imbéciles. Lo íntimo, lo sublime y lo pequeño están destrozados en cualquier ciudad y ya empezaban a envenenarse en ese campo del siglo xix que observaba de manera obsesiva. *Flatford Lock and Mill* había sido pintada en 1812, leyó en una pequeña placa junto al cuadro.

Pasó horas viendo las obras. Y se negó al juicio más obvio contra aquella pintura. No se atrevió a decir que era un retrato tramposo y falso del paisaje. La naturaleza en esos cuadros tenía un halo de maldad y un sino amenazante; en cambio los seres humanos aparecían empequeñecidos, en labores frugales y silvestres y vestidos con tonos amarillos, rojos, verdes y blancos puros, que les conferían un aura de bondad. Pero todo esto no lo quiso pensar.

El cuadro mantenía la idea clásica de la perspectiva y de la sumisión del mundo a la vista humana. En el primer plano aparecía un hombre sentado sobre una pequeña rívera, de espaldas y jugando con el agua de un río que prometía ser el motivo más importante de la pintura. Sin embargo, un cielo encapotado, cargado de lluvia y

amenazas grises, mataba con su ausencia de luz a ese río. Lo mismo sucedía con los árboles que se consumían en un verde ennegrecido y que solo no eran naturalezas muertas porque el aire que soplaba les hacía perder firmeza. El pintor, pensaba aquel muchacho, había sido genial, distraía la vista de los motivos aparentes de la representación. Todo el cuadro se movía hacia la esquina izquierda, donde una casa de tabiques rojos se conectaba con el muchacho que aparecía en el centro. El truco era fácil, los únicos colores brillantes en todo el cuadro eran el amarillo de la camisa del hombre y la luz que pegaba en las paredes rojas de aquel granero.

Ahora empezaba a comprender. Esto era lo que le daba un aire de irrealidad al cuadro. John Constable filtraba algo de luz entre las nubes grises pero era insuficiente para iluminar el paisaje y redimir la vida. El espectador tendría que haber presupuesto una luz inmensa, un sol radiante fuera del espacio pintado y esto era imposible, porque el aire soplaba desde la izquierda y la casa era iluminada por el otro lado.

Solo había una respuesta posible. La luz surgía de la misma casa, por esto el pintor había optado por colorear la camisa con un intenso amarillo, ahí estaba el sol humano, el creador que ahora se entretenía con el agua.

Cuando terminó su interpretación, que le pareció risible y exagerada, todavía tuvo ánimo de fijar su mirada en una barca que flotaba sobre el río y que destellaba una franja de luz. No era casual, pensó, que la luz bendiga el invento para desplazarse. Se sintió agotado. Habría tiempo para hacer otro viaje a Londres y observar los cuadros de Miró.

Salió entonces de la galería. La tarde era húmeda y gris. Caminó por Regent Street hasta la estación de Oxford Circus. El metro iba lleno y todo mundo parecía, como siempre en esa ciudad, tener prisa. Cualquier método de representación les iría bien, tanto los colores planos y mecánicos de los cómics, como los excesos clásicos y barrocos del pincel.

Esperó el tren de la línea central que se dirigía al Este. Subió y no pudo sentarse en todo el trayecto. Cuando por fin vio un lugar desocupado se dio cuenta que estaba a una estación de Liverpool Street. No tenía caso. Bajó junto con la mayoría de los pobladores del vagón.

Se detuvo frente a los puestos de frutas y por dos libras compró dos manzanas. Había perdido, por diez minutos, el tren a Norwich y faltaban tres horas para el siguiente y dos y media para el próximo tren a Manningtree. Decidió que lo peor que podría hacer era esperar. Faltaba media hora para el viaje a Colchester.

Compró el boleto y se dirigió hacia las plataformas. El tren ya se encontraba ahí. Buscó un asiento del lado derecho, junto a las ventanas, desde donde observar el Oeste; lo ponía nervioso viajar de espaldas a la trayectoria que seguía el transporte. Algún día lo tuvo que hacer en un largo viaje de Moscú a San Petersburgo y nunca pudo eliminar la sensación de que, en realidad, había viajado a otra ciudad, situada al Poniente de la capital blanca. Encontró el asiento ideal y en el momento de ocuparlo escuchó el silbato del tren y el inicio de la vida de aquella serpiente veloz.

Fue un viaje rápido, menos de una hora y sin contratiempos. A las cuatro de la tarde estaba en la vieja estación de Colchester. Los trenes que partirían desde ahí a Norwich y Manningtree eran aquellos que no había querido esperar. Tenía que caminar a la nueva estación para encontrar un tren directo. No sabía qué hacer. En esos largos días de verano, la posición del sol parecía ser un permanente cenit. Oscurecería cuatro horas más tarde. Caminar o tomar unas cervezas, pensó alegre en esa hora perfecta.

Salió de la estación y dobló a su derecha. Lo sorprendió ver que a menos de dos cuadras estaba el paradero de autobuses. Lo cruzaba cuando vio que del otro lado había un parque y un castillo. Nunca antes había estado en Colchester, la primera ciudad que fundaron los romanos, leyó en una vieja placa al abandonar la estación de trenes. Cuando pasaba por las rutas de esos camiones amarillos de dos pisos,

lo detuvo el letrero de la ruta 48: Colchester-Dedham. Le pareció que ese anuncio estaba ahí para él y que no podía desobedecerlo.

—¿A qué hora sale el autobús? —le preguntó al conductor.

—Veinte minutos, amigo.

—Gracias.

Tiempo suficiente para tomar una cerveza en la cafetería de la estación. Así lo hizo y faltando cinco minutos para que el camión partiera se encontraba subiendo las escaleras en busca del primer asiento en el segundo piso. Lo consiguió. Las ventanas altas le permitían una vista panorámica. Empezó a sacar su equipo fotográfico. Este era su oficio, fotógrafo.

Llegó al pequeño pueblo de Dedham. Bajó del camión frente a la iglesia que había pintado Constable y pudo ver el mismo valle que retratara siglos atrás el inglés. Preguntó por Flatford.

Caminó hasta el final del pueblo y recorrió la misma ruta que el pintor había hecho cientos de veces. Fue retratando el paisaje. Disparando sin tregua. Intentando recordar los cuadros que había observado aquel mediodía para reproducir las tomas. Cuando llegó al puente para cruzar el río, desde donde se anunciaba otro poblado, se percató de que estaba en el mismo lugar que aquel hombre de camisa amarilla. Frente a él se alzaba aquella casa de tabiques rojos, había varias barcas, los árboles y el río eran similares; pero lo más preciso era el color del cielo y la impiedad del viento.

Sin pensarlo, se agachó a tocar el agua y le sorprendió ver su rostro reflejado en aquel río eterno. Se llevó la mano a la cara y sintió el agua mil veces tibia en mil veranos. Creyó que alguien lo retrataba por la espalda y maldijo el falso lugar que la representación le concedía.

No cruzó el puente. Guardó su cámara y regresó a Dedham. Tomó el camión hacia Colchester. Y le gustó el sol que empezaba a caer y que se filtraba con dificultad entre las nubes. De pronto, sacó el rollo de su cámara y lo arrojó por la ventana. Anhelaba que nadie pudiera mirar jamás aquella representación que lo capturaba a él en descanso, después de crear un mundo falso.

EL CIRCO Y LA ARENA

Las olas llegan sin fuerza, como un guiño que envuelve la espuma. No hay arena blanca aquí. Nada se reflejaría, si no fuera porque tengo un recuerdo difuso. ¿Quién podría asegurar que se formó en este lugar algo, quién contaría lo que yo dudo que viví? Ahora me siento en esta orilla a esperar un milagro mínimo: un guiño que envuelva la espuma.

Antes era diferente. Todo era posible. La realidad dependía de mi mirada, del incendio y la decadencia feliz de toda creación. Como aquel día, dos años atrás, cuando llegó el circo a la playa. Todas y todos corrimos a ver cómo se levantaban los postes, cómo los enterraban en la arena perforada los hombres salobres que habían insertado, con urgencia, tubos de metal. Primero hubo un esqueleto, una carpa de aire y un espacio vacío. Bastaba ver por unos segundos para convertir la estructura en un simulacro de arena.

Recordé mi primera casa de muñecas y mi mano entrando por cada cuarto, subiendo por las escaleras y pintando a gran velocidad, de un solo brochazo, toda una pared. Me levanté y experimenté la misma sensación cuando corrí entre aquellos mástiles sin bandera y sin fin.

Trajeron más tablas y cilindros metálicos y, como dioses, construyeron un graderío. El centro de la arena dejó de ser eso y su apriamiento en un círculo perfecto la convirtió en un escenario. Colocaron escaleras de sogas enredadas en los palos principales y un hombre subió y le lanzó una cuerda al que se encontraba del otro lado. Ataron de lado a lado un ojo hacia el abismo: la cuerda floja.

Después empezaron a desdoblar la carpa naranja y verde. La vimos alzarse y volar dos veces impulsada por la brisa. Los hombres corrían tras ella como si lo hicieran detrás de una hoja gigante. No creíamos posible que tanta belleza estuviera aconteciendo frente a nosotras. Por fin, lo lograron. La tela cayó como un gorro hecho a la medida de esa figura y todos se apresuraron a jalar las puntas y clavarlas; se hizo tensa... piel joven, y la oscuridad se hizo adentro.

Entonces vino lo mejor. Habían sacado todos los materiales de un camión destartado, que tenía una plataforma en el techo donde traían amarrados los maderos más largos. Ahora estaba vacío y lo llevaron a estacionar lejos de la arena y, mientras lo seguimos con la vista, vimos venir una caravana llena de hombres, mujeres y jaulas.

Los animales se inquietaron frente al mar, les molestaba el agua salada, la arena en el cuerpo y el calor inclemente. Levantaron una carpa más pequeña para los seres de colores y remolcaron las jaulas hacia allá. Las desmontaron de las plataformas de los camiones, como quien cuelga y descuelga las celdas de sus pájaros cada semana. Las mujeres, los hombres, una anciana, los niños y los enanos acarrearban agua y comida y las almas de esas bestias se tranquilizaban. Fue entonces cuando lo vi por primera vez. Un hombre grande, con la camisa desabotonada y los pantalones ajustados, entró en la carpa principal. No tenía pelo y caminaba a grandes zancadas. Lo seguí y lo vi subir por el mástil. Llegó al pequeño trampolín que habían colocado los otros hombres y siguió adelante hasta que observé que desprendía unas sogas del techo de la carpa. Cayeron dos trapecios en el centro del escenario; quedaron oscilando y solo tuvo que dar dos pasos por la cuerda floja para asir con sus manos uno de ellos. Se subió y se irguió sobre el trapecio gastado y humedecido, y empezó a balancear su cuerpo con ayuda de sus brazos. En algún momento bajó la vista, como lo hacen los dioses, con la posibilidad de la crueldad y la compasión juntas, y se dio cuenta de que yo estaba ahí. Me miró y salí corriendo.

Dieron ocho funciones durante dos fines de semana. Solo perdí una. Puntual, como las desgracias y los amaneceres, ocupé un mismo lugar todos los días. Gasté todos mis ahorros y me emocioné y me entristecí cuando él salía al escenario y cuando él lo dejaba. El penúltimo día de funciones, un sábado de lluvia, lo vi volverse hacia mí antes de subir al tronco húmedo; me miró desde las alturas; sonrió y me arrojó un beso cuando dejó la luz del escenario.

Al día siguiente, el único de los domingos de mi vida donde ni una ráfaga de tedio llegó hasta mí, llegué a la función de las doce del día con mi pequeña maleta de piel en la que había metido dos calzones, tres pares de calcetines, cuatro corpiños, dos faldas, dos camisas y una blusa, y no entré a verlo. Me quedé junto a la carpa, ya caminaba, ya me sentaba sobre mi maleta y nunca dejé de ver el mar; quería que se fuera conmigo, que me hinchara el corazón, que me diera la fuerza necesaria para no regresar corriendo a casa de mis padres, donde se hacía una amor modorro, de domingo, lánguido como la piel de mi padre que se cebaba en la carne aún tensa y firme de quien se hincho el vientre conmigo y después me arrojó con los mismos gritos milagrosos de espanto que repetía cuando mi padre la violaba o la golpeaba.

Oí los aplausos y vi salir a las familias felices que empezaban a alejarse lo suficiente del circo para evitar el olor a heces de los animales, tender manteles sobre la arena sucia y sacar sus canastillas llenas de alimentos y bebidas para celebrar el fin de la semana, el día del sol. Alcancé a ver cervezas, vinos blancos, camarones salados, atunes ahumados, tostadas de harina que cubrían de ceviches y escuchaba risas y cantos. Por un segundo tuve miedo.

Los artistas también salieron y, desmontando las gradas, improvisaron una gran mesa donde se sentaron a comer y beber, mientras la arena les lastimaba los ojos y se instalaba en sus melenas. Todos bebían con furia. Yo metí mis pies en el mar y recordé que había robado algunas nueces y ciruelas de la despensa de mi madre. Me las comí y enterré los huesos en la playa, donde los cangrejos tienen sus cuevas.

Con el atardecer el circo era casi un recuerdo. Estaban por desmontar los últimos mástiles, quitar el lazo mortal que los unía y sacar los últimos casquetes de la tierra. Él había sido de los más activos; pero hacía media hora que no lo veía, supuse que estaba en la última casucha que quedaba montada; un lugar donde habían toneles y una letrina. Varios días los vi por la mañana acarrear agua de la ciudad para limpiar su remedo de baño y llenar barricas vacías de las que después extraían el agua para bañarse y dar de beber a los animales.

El sol se hundía de forma irremediable y una línea rojiza hería las aguas azules del mar y del cielo. Yo me confiaba a los colores y a la playa ennegrecida.

Lo vi venir, con una botella de mezcal barato en la mano, con una camisa limpia, sin una sonrisa. Tomó una caja de madera de un camión y se sentó frente a mí; le dio un trago grande a la botella y después me la ofreció. Yo no quise; pero él movió la cabeza hacia abajo y sonrió. Sentí que el alcohol bajaba por mi tráquea y me quemaba hasta que hervía en mi estómago. No sé qué cara puse. Sé que él se rio y esa explosión de su rostro me hizo feliz.

Después agarró mi mano, caminamos en silencio por una hora y al regresar los camiones estaban prendidos y listos para partir. Todo estaba dispuesto para que ocupáramos un vagón amplio y rojo, decorado y dividido en dos partes, en una de ellas había una cama hecha de paja y mantas raídas; en la otra, una jaula.

No fue la primera vez que hice el amor; pero sí la primera que lo hice junto a un tigre. El inmenso animal solo se despezó de su rincón en el momento en que yo gritaba por el dolor que me causaba un fierro que se me incrustaba en la espalda y el miedo del otro tubo que me investía ciego y que, por segunda vez, me llenaba de espermas la vagina.

Viajamos mucho, casi puedo decir que conocí todo ese país fraguado de alcoholes, peleas y fiestas. En el fondo no era una vida muy diferente a la de los sedentarios. Después de un año, empecé a agradecer las frases que me hacían sentir, por un instante, en un mundo

privilegiado. Pero lo cierto es que ese tiempo ya tenía un color melancólico. Lo sabía irrepetible y falso.

Recuerdo que un día se levantó después de que bebimos litros y litros de mezcal y cerveza y me llevó a un mercado donde pidió un caldo rojo que tenía una carne blanca y bofa que yo nunca había probado; me dijo que lo comiera antes de saber qué era y, sonriente, luego de la segunda cerveza, dijo: “El poder de una cultura se mide por los almuerzos a la hora de curarse la cruda”.

Mi mente voló hacia los primeros días en los que lo vi sobre el trapecio y, después, mi recuerdo se incrustó en la tercera semana con él, cuando sobre un tren, en un montón de paja confortable, yo tuve mi primer orgasmo en la vida y sentí que su carne ya era parte de mí.

Solo me golpeó dos veces y agradezco que haya llorado al terminar de hacerlo. La segunda vez dejó de tomar por un mes, hasta que yo bebí todo el mezcal del mundo y casi se lo vomito dentro de su boca. No tuvo más remedio que emborracharse y yo estaba dispuesta al riesgo de otra golpiza con tal de que me mirara con aquel brillo en los ojos que solo el alcohol le daba. Yo era otra cuando él bebía y me intentaba tratar como a una perra porque me tenía miedo.

Crecí a su lado y a su costa. Tuve un aborto, una noche me acosté con el domador y otra más dormí, en éxtasis, dentro de la jaula del tigre. Las tres veces, al despertar, lo extrañé y caminé en el alba hasta que comprobé que el sol terminaba de salir.

No sé si era feliz; sé que lo fui en algunos momentos o que lo imaginé con tal fuerza que hasta ahora lo creo. Fui inmensamente dichosa cuando lo vi caer del trapecio; burbujeó en mí una angustia que no se calmaba y pude imaginar, desde el momento en que corrí al escenario hasta su convalecencia, la espuma irrefrenable de un mar que nunca pude ver en Tijuana.

Después, yo era una explosión de alegría y llanto, cuando me acerqué a besarle la boca y despedirme de él, del hombre que se quedaría postrado de por vida en una cama y que en algún momento de valor

sus compañeros lo tirarían en alguna cloaca o se lo darían de comer a los leones.

Salí de ese pueblo en Veracruz sintiendo que volaba, como él lo hacía sobre su trapecio. Regresé aquí para ver cómo mi madre se hace vieja. Ella lloró y mi padre quiso golpearme. Me bastó blandir la daga que me regaló él, ese hombre del trapecio del que quiero olvidar su nombre, para que el cerdo que me engendró diera dos pasos atrás y sintiera un sudor incontrolado que le avergonzaba la cara.

Caminé ligera. Y me topé con el mar. El guiño de la espuma llegó. Ese pasado ya no es mío, lo puedo desandar y no sería necesario revivirlo para causar su destrucción sin que me alcance.

OBLIGACIONES PATERNAS

I. El Disparo

—Hoy es mi última tarde entre estas paredes. Mañana, a primera hora, estaré fuera de la prisión. Gracias por todo... No, no insistas, quédate con estas cosas. Tú sabes mejor que yo que las vas a necesitar... Sí, eso es cierto, pero justo porque me costó trabajo hacerlas te las doy... No es solo el uso práctico que tienen, también las quiero y por eso deseo que te quedes con ellas. Yo haré otras para mí, quizá encuentre algunas afuera... ¿Qué sé yo? Quince años encerrado aquí es demasiado tiempo. No sé cómo será el mundo, ni siquiera tengo ánimo de imaginarlo... Claro que tengo miedo. Imagínate, mi hijo está por cumplir 22 años y hace cinco que decidió no venir más a verme. Me escribe, pero no es igual... Sí, tengo mucho miedo...

Era su último día en prisión y cuando entró en el edificio, escuchó un solo sonido que en realidad eran tres: un balón rebotaba en el piso, un guardia chocaba su macana contra las rejas de una celda y sus propios pasos retumbaban en las angostas paredes del pasillo. Llegó hasta las escaleras, subió sin levantar la vista, la cara le ardía por haber recibido un pelotazo.

(No eres mi papá. Nunca los has sido, quizá solo al principio; pero ese tiempo no lo recuerdo. Tengo pesadillas por todos esos años en que fui a verte a la prisión. Ojalá te quedes para siempre ahí.)

Permanecieron una hora en sus celdas. Él se recostó en su viejo catre. La letrina estaba tapada desde hacía dos días y se había acos-

tumbrado al olor de la mierda que inundaba el cuarto. Empezó a hojear una revista y al poco tiempo se quedó dormido. Lo despertó el hambre, el olor a heces y la certeza infame de que nunca se terminaría ese día.

En menos de un minuto, el policía encargado del piso abrió la celda.

—Maldito olor a mierda, Rigo. Empieza a heder todo el pasillo. Me aseguraron que vendrían mañana antes del mediodía. ¿Volviste a intentar destaparlo hoy?

—No, ayer que lo intenté, vomité y todo fue peor. Hoy no pienso ni siquiera cagar.

—Te vas mañana, Rigo, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno, es la última noche de mierda que pasas aquí.

—Eso espero.

Rigoberto salió a formarse. Cuando entró en la fila, sintió que alguien metía un papel en su bolsa. Aquel día, comieron una sopa de lentejas sin tomate, sin piña, sin plátanos y unas chuletas ahumadas demasiado blandas, casi podridas.

Subió a su cuarto después de la cena y abrió el papel. “Para el olor y de despedida”, decía la hoja que envolvía un poco de marihuana y algo de cocaína. La coca se la metió con los dedos, la marihuana se la tuvo que comer y no le hizo ningún efecto; había regalado todo su estuche artesanal con el que preparaba e ingería drogas... el olor desapareció y él se hundió en un sueño profundo.

(Si supieras lo mal que vivimos, si supieras lo que hace mamá para poder llevarte dinero, si te murieras todo sería más fácil.)

Despertó con un poco de taquicardia, aún no amanecía y el cuarto parecía un inmenso escusado donde el olor se podía palpar. Resistió una investida de vómito y corrió hasta la pequeña rejilla de la puerta para jalar aire.

Después, comenzó a empacar sus pocas cosas en un baúl que le había llevado Viola una semana antes. Cuando terminó, leyó un ar-

título sobre una cantante que había sido asesinada por un conductor de televisión. A las siete de la mañana, fueron a su celda y lo llevaron a que recogiera las pertenencias con las que ingresó en el penal. El subdirector lo recibió en su oficina a las siete y media; le dio a firmar algunos papeles, declamó un discurso sobre la rehabilitación y la libertad y le estrechó la mano. Un guardia lo acompañó hasta la salida. Cruzaron las canchas. No hubo ningún ruido, hasta que la gran puerta de metal se abrió. Rigoberto vio un camino desierto de terracería.

(Ayer me pegaron en la escuela y no me defendí. Todo mundo dijo que mi papá era un violador. Por eso no metí las manos, porque pensé que cada patada que me daban te tenía que doler a ti.)

Mentiste sobre el día en que fuiste puesto en libertad, Rigo. Aquella semana que tu mujer vino a verte le contaste que saldrías en diez días, cuando realmente lo hiciste apenas en cinco. Usaste parte del dinero que habías ahorrado para rentar un cuarto de hotel por dos meses. Una recámara con un baño limpio y una ventana que diera a la calle, desde donde podías observar a tu hijo y a tu mujer salir y entrar de la vieja casa que habitaste.

Pasaste días enteros pegado al vidrio, sudando y bebiendo cervezas de lata, y supiste que se resignaron a tu desaparición, casi podrías decir que les causaste un alivio. Su vida era normal; ella tenía un amante, el curita del pueblo, habías oído decir; tu hijo era tan adicto como tú y hasta dedujiste que traficaba. El mar de tu pueblo parecía ser lo único que no había cambiado. Un día, a la distancia, te fumaste un cigarro de mariguana con tu hijo, mientras lo veías frente al hotel con la vista echada al mar.

(¿Sabes por qué no me he ido de este pueblucho? Porque si un día sales de la cárcel, te voy a matar; y ese, óyelo, va a ser el día más feliz en mi vida, voy a ser tan ciegamente dichoso como cuando nací.)

Lo habías pensado desde el momento en que saliste de prisión, pero dudaste una y otra vez, hasta que por fin un día los viste pelear a los tres en la calle. Tu hijo, ya fuerte y encendido como te recuerdas a ti mismo, había golpeado al curita en el abdomen y después todavía

le restregó la suela en la cara. Terminó su obra dándole un puñetazo a su madre y caminó con calma, como un padrote de sesenta años que desea morir.

Entonces, dejaste de pensar que era tu mujer. La viste llorando sobre ese hombre, que no podía disfrazar el hábito por más que usara mezclilla, y sus lágrimas corrían sin lástima y sus manos no lo curaban, sino que le buscaban un deseo que se los llevara a la cama.

Gastaste el último de tus pesos en una pistola. Esperaste con una paciencia infinita. La noche turbia y el olor a pescado podrido te recordó la importancia de los olores en tu vida. Nunca le mostraste la cara, solo hiciste brillar la pistola en la noche y le indicaste que caminaría hacia el mar. Empezaste a oír cómo se desdoblaba una cobardía que te era familiar.

—Tranquilo loco, ¿qué quieres, qué pues, qué falla? ¿Quién te mandó? Todo se puede arreglar, tengo lo que quieras, dinero, droga. Cálmate. —Te fastidió y lo callaste soplándole al viento y recargándole el cañón en la nuca. Sabías que el inicio de un diálogo te haría fracasar. Al pisar la arena y ver esa noche dos veces muerta frente a ti, le disparaste por la espalda y sentiste, como aquella última noche de mierda, una opresión en el pecho. Tu hijo se desplomó y tú te metiste la boca fría de la pistola hasta que chocó contra tu paladar y jalaste el gatillo.

(Mátame un día. He hecho cosas peores que tú y no quiero conocer el arrepentimiento, no quiero el encierro y no quiero que nunca nadie me escriba como te escribo yo. Mátame y te perdono todo, papá.)

II. La escritura del guión

El día que decidí dejar de visitar a mi padre en la cárcel fue cuando vi que mi mamá metía cápsulas de cocaína en los panqués de chocolate. Me dio lástima verla, la noche antes de la visita, a media luz, empezar a meter dos cilindros en cada pan y después, con uno que había

hecho boronas, rellenar los hoyos como si se tratara de una rosca de reyes. Cuando tenía cinco panqués listos, los ponía en la canasta junto con los jugos, el arroz, los frijoles, la carne con chile y el religioso paquete de condones que trataba de ocultar bajo el mantelito recién lavado. En cambio, me gustó recordar que todos los días que iba a la visita, una fornida rubia le decía, en el momento en que se la llevaba a los vestidores:

—Qué pues, Viola, ¿no me trajiste un panquecito? —y mi mamá sonreía y le daba uno.

Ese día decidí no volver más. No solo había que complacer sexualmente a ese zángano, sino que además había que mantenerle el vicio al cabrón.

—¿No vas a volver, hijo? Tu padre pregunta por ti todos los días que lo veo. Dice que le expliques, que por favor le digas qué pasó —ya me aburría la cantaleta, pero me daba pena contestarle todo lo que pensaba de ese chupasangre enrejado.

—Dile que me da asco la cárcel.

—¿Cómo, Rigoberto?

—Dile que tengo alergias, mamá, que cuando se me quiten, el día que vuelva a nacer, lo visito y hasta le invito un trago.

—No seas así, Rigoberto. Piénsalo y dale una vueltecita.

Al carajo, ya hacía tiempo que me alucinaba esta plática de atardecer, empezarla a oír era como lamer vidrios sucios.

Un día, después de los recurrentes enunciados, mi mamá se fue a dormir y yo me dediqué a sacar las cápsulas llenas de coca y meter adentro ampicilina.

Algo habrá pasado, porque ocho días después mi mamá regresó echando chispas de la visita. ¿Quién habrá sido?, se preguntaba a sí misma. Solo pudo ser un guardia en el momento de la revisión, en los vestidores; pero qué extraño que tuvieran cápsulas con medicamentos, seguro lo planearon todo porque lo andan escarmenando.

—¿Qué tienes, ma?

—Nada, hijo. Tu papá que está deprimido y con problemas y por si fuera poco tú no lo quieres ver.

—No será que no le llegó la coca —se levantó de la mesa y tiró la taza de café que se había servido.

—¿Qué coca, Rigoberto?

—La que le envuelves en los panqués.

—¿Lo hiciste tú, demonio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que te cueste más trabajo mantener al huevón ese. Ojalá que no pueda salir nunca en la vida y se vuelva loco —sentí un golpe seco y sólido en el rostro.

—Imbécil. Donde se empiece a reformar y pensar en salir entonces le vas a ver la cara a diario. ¿Quieres entender lo que es la vida, Rigoberto? Pues siéntate y oye. Tu padre es un demente, que lleva diez años en el planeta de las drogas y le interesa un rábano salir de ahí. ¿Y sabes, dónde es ahí? Ahí es donde lo quiero tener de por vida.

—En ese momento tuve la reacción más rápida de mi vida.

—¿Por qué te acuestas con él? —y ella no pensó la respuesta.

—Porque le tengo miedo y porque todavía lo deseo. Eso no lo puedes, ni tú ni nadie, comprender.

Tuvo razón, es algo que no comprendo aún. Esa noche casi sentí piedad por mi padre y probé aquellas cápsulas que le había robado. Al día siguiente dejé la escuela y empecé a leer desesperadamente todo lo que podía encontrar en la biblioteca municipal y a acercarme a los grupos donde intuía que se movía la droga. Quería entender. Y pronto traficaba dos absurdos de esta vida: las reglas de puntuación y las drogas blandas.

La primera vez que tuve algo grande entre las manos fue la noche en que me encargaron recoger medio kilo de cocaína en la playa. Las instrucciones eran irrisorias, de cuento, pues.

Tenía que ir a la playa, en el atardecer, y llevar conmigo un libro; pedir una cerveza y colocar sobre la mesa un balón de voleibol. Así

lo hice. Llegué con un extraño ejemplar que encontré en la biblioteca. Una novela difícil sobre un escritor que imaginaba su próximo guión, al tiempo que enamoraba a una prostituta; cuando por fin lo logra (enamorar a la prostituta, porque el guión avanza y retrocede enloqueciendo la novela), alquila un cuarto junto al de la cuarentona mujer. Se tortura y se alegra oyéndola trabajar en el espacio contiguo y cuando oye que se queda sola, exhausta y triste, va por ella, hacen el amor y la golpea. Él fracasa dos veces, nunca termina el guión ni logra propinarle a la mujer la golpiza de la muerte. En aquel entonces, todavía leía esa literatura con angustia y memorizaba los párrafos para atormentarme con el enigma escrito que era capaz de producir terror. En medio de estos meandros andaba, cuando una negra de figura perfecta y ojos grises llegó hasta mí, perseguía un balón que había quedado bajo la mesa. No reaccioné hasta que dijo “tira tu balón”. Así lo hice, con torpeza, y ella se encargó de hacer un rápido cambio de pelotas. Yo tenía, según el manual, que dejar el otro balón en el piso, junto a mí; pedir un ron; terminarlo y largarme.

Llegué a un hotel de paso donde alquilé un cuarto y a las tres de la mañana vinieron por mí. Nos fuimos a una hacienda fuera de la ciudad, donde había una orgía que entonces me deslumbró y que ahora calificaría de abúlica e innecesaria. Me llevaron a un cuarto donde torturaban a un hombre y me brindaron el honor de rematarlo con una pistola. Imaginé que era el escritor de guiones al que mataría aquella noche y todo fue más fácil.

Nada tuvo alto después. Las cosas que he visto y en las que participé son imaginables. He necesitado algunas drogas para sobrellevar todo, desde el alcohol, la coca, la literatura y el odio a mi madre.

Hoy que he vuelto a pensar en su prostituto comercio con el miedo y el deseo, he decidido empezar a escribir esta especie de diario. Algo similar al plan de un guión que algún día escribiré. Calentaré, pues, mi pluma con esto y con algunas cartas que comenzaré a mandarle a mi ausente padre, ese hombre que habita la celda 14 de la peni-

tenciaria estatal, a la que se llega por un camino de terracería, desde donde, imagino, sigue siendo imposible ver el mar.

III. Viola

Imagino que hay muchas maneras de ver cómo cae la niebla. Pero en el pueblo, solo podíamos oír el rumor sin cesar en los acantilados, donde las olas del mar se estrellaban contra las piedras llenas de bruma. Muchos años atrás, cuando Rigoberto nació, su padre y yo entramos en una de aquellas pozas que crecen bajo el mar.

Alquilamos la lancha donde los pescadores se reúnen a tomar y nos fuimos solos. Rigoberto remaba y no fue fácil entrar en medio de las olas que hacían aparecer y desaparecer las rocas.

Cuando lo logramos, bajamos de la lancha y caminamos un poco por la cueva; después regresamos y colgamos los milagros que habíamos bendecido en la mañana. Recuerdo que eran dos corazones, una cruz y Rigoberto se había empeñado en comprar un pequeño revolver y yo un espejito. Todo era de plata. Habíamos gastado buen dinero aquel día.

También recuerdo que el padre no había dicho nada, solo se santiguó y les echó el agua bendita a nuestros milagros. Lo que sí nunca estuvo en mi memoria fue el niño que lo acompañaba aquel día. No tendría más de quince años. Era Ramón.

Muchos años después, Ramón me dijo que él no dejó de soñar conmigo desde aquel entonces, que cuando yo me fui, él ya no podía moverse y que el padre le dio un coscorrón, para que se desatarugara.

Ramón sigue siendo un chamaco. Ni siquiera llega a los treinta. Yo, en cambio, ya paso de los cuarenta años.

Él acabó de padre. Siempre estaba en la iglesia, y yo con Rigoberto y mi hijo cada domingo en misa, junto con los pescadores y sus señoras y niños. Pero por más que él diga que yo le gustaba, yo de lo que me acuerdo es de un niño tímido, de ojos claros y cabello

negro, que en nada se parecía a mi hijo tierno, ni a mi hombre aquel, mil veces curtido de sal, de sol y de furia.

A decir verdad, la primera vez que yo me fijé en Ramón fue cuando se sentó junto a mí en la iglesia. Más de cinco años después de que metieron a Rigoberto en la cárcel. El día en que encargué a mi hijo por ahí, y me fui a llorar bajo un altar.

—Todo se va a solucionar, Viola. Y ya no llores, porque se te quita lo chula.

Me le quedé mirando, enojada por lo ladino que se portaba y él bajó la cabeza y empezó a rezar. Antes de que yo supiera qué hacer, ya me tenía agarrada la mano y me decía:

—Reza conmigo, Viola.

Y así lo hice. Me aplaqué entonces y empecé a ir a ayudarlo en la iglesia y a rezar con él.

Algo debí de sospechar, porque cada vez que le decía: “padre Ramón, necesito confesarme”; él me contestaba: “espérate a que venga el padre Francisco, Viola, porque yo no te he de perdonar”.

Así se fueron los años. Hasta que un día, después de haberme peleadado con Rigo en la cárcel, llegué llorando a la iglesia y Ramón me dijo que para que las cosas se arreglaran se tenían que hacer sacrificios mayores. Y al día siguiente, me citó por donde andan los pescadores para ir a rezarle a la Virgen de los Milagros, allá en las cuevas.

Muy temprano, cuando todavía la tierra estaba llena de bruma y no se alcanzaban a ver ni los pies, ni los cielos, nos fuimos hacia las pozas. Me acordé de Rigoberto, porque Ramón era débil y yo le tenía que ayudar con los remos y él sudaba en medio del frío de la bruma. Cuando llegamos, nos metimos en las cuevas, varamos el barco en un monte de arena y Ramón se bajó y se metió entre las rocas, mientras yo veía todos los milagros colgados y no podía encontrar ni mis corazones, ni mi espejo, ni la pistola de Rigo, ni la cruz.

Al poco tiempo, regresó Ramón. Mira que soy débil, Viola, lo oí decir y lo vi hincarse en la arena y comenzar a rezar. No sé qué fue. La Virgen que estaba ahí salpicada de agua, la brisa que se movía

como una canica rota, la costilla que me dolía por la patada que me dio Rigo cuando lo fui a ver, el recuerdo del matón de mi hijo tan lejos o solo el frío de la cueva y el eco de la niebla. Pero me acerqué, recargué un poco mi pierna en su cabeza y cerré los ojos. Luego sentí la mano que me entraba por entre las piernas y todo era frío menos esos dedos delgados que avanzaban de a poco.

Besó mi cintura y su mano ya estaba en mis nalgas. Bajé la vista y me encontré la otra mano apoyada con dolor en el suelo y un destello en la niebla me hizo levantar los ojos y ver la cruz.

Nos hicimos de una costumbre. Salíamos por la mañana en la lancha y nos olvidábamos de las cuevas, de la Virgen y de la niebla. Íbamos lejos, en un barquito más grande, y llevábamos un termo con café y una cesta con panes. Nos acostábamos sobre una manta y nos mecíamos los cabellos, tocábamos los maderos y el agua salada. Teníamos orgasmos y risas.

Todo era triste en el día, hasta que un amanecer, supimos que también era triste lo que hacíamos. Algo pasó, por más que intentamos alejarnos del pueblo, la niebla nos seguía y, esa mañana, había un olor a mierda en el mar. Nos sentamos sobre la manta y no tocamos los maderos ni el mar y nuestros cabellos se mecieron solos, mientras veíamos la niebla y el agua sin poderlas distinguir.

Cuando regresamos a tierra, se volvió a verme y me dijo: “Viola, deja de ir a la cárcel y dejo a Dios”. Yo me volví a observar el mar, y le dije que mi hijo no me perdonaría algo así.

—No es tu hijo, Viola. Es que lo quieres a él —contestó.

Y se perdió, frente a mis ojos, en medio de una niebla inmóvil.

Me subí en el bote y me fui a las cuevas. Ahora sí encontré todos los milagros y se los quité a la Virgen. Los limpié con mi blusa y los volví a poner en sus faldas. Cuando terminé, me imaginé a Rigo, sobre la arena, como ahora estaría sobre su catre. Besándome el cuello, acariciándome la nuca y pidiéndome siempre perdón.

—Sabes, Viola, solo tus piernas son más bellas que tu nombre. Mi Viola, la mujer del Diablo y la mujer de Dios.

Pocos días después, Rigo salió de la cárcel. Yo había dejado de ir al mar y a la iglesia. Cada vez que Ramón venía a buscarme, la vecina no le permitía entrar. Pero Rigo nunca regresó a casa. Mi hijo se volvió un demonio y yo regresé a la iglesia. Cuando entré, Ramón se fue atrás del atrio y volvió vestido de mezclilla.

—Vamos a caminar, Viola, que te voy a proponer que te cases conmigo —me dijo Ramón.

Cuando regresamos, en el quicio de la puerta, le di un beso y quedamos de ir un día al mar, para ver cómo se metía el sol.

Todo fue rápido después, mi hijo Rigoberto le apretaba los cabellos de la nuca. Lo hizo girar y le golpeó el estómago. No lo dejó caer, sino que lo pateó y ahora sí le permitió desplomarse. Al final me vio con odio y me dio un puñetazo, mientras pisaba la cara de mi muchacho, Ramón.

Se volvió y se fue, y yo empecé a tocar a Ramón y me fue creciendo un odio por mi hijo y por su padre. Y mientras iba creciendo, sentía amor y deseo y no paraba de tocar la carne de mi Ramón.

Pronto pensé en la Virgen. Mátales a los dos, madrecita, y deja que me haga el amor siempre, en el mar, como la niebla blanca y la roca, sin cesar.

EL ASESINATO EN EL METRO

I. El traductor

Había inmensas columnas de mármol en medio de aquellos gigantes. Ahí solo eran cálidas las bancas de madera al pie de los colosos. En ellas me refugiaba yo. Me quedaba mucho tiempo observando a la gente, suplicándole a Alá que un maldito policía viniera a pedirme mi pasaporte y a echarme de aquí.

Dos o tres veces por semana recalaba en este subterráneo. No tenía nada más que hacer, estudiaba febrilmente y sabía que necesitaba cambios de escenografía para comprobar que todavía quedaba en mí alguna capacidad de sorpresa (esta es la única forma de saber que puedes seguir siendo un matemático). Alguna vez, durante mis monótonas semanas, iba a un bar, a un museo, a un partido de fútbol, a algún espectáculo sexual, a la feria, al zoológico, ¡qué sé yo!; sólo recuerdo que no me permitía estos devaneos más que una vez cada siete días. Las sorpresas tenían que venir de la rutina, por eso mi calvario era recalcar, como he dicho, en este subterráneo.

Debí de dejar este pasatiempo cuando me di cuenta de que otros extranjeros copiaban la misma distracción y, en especial, cuando oí el habla árabe. No lo hice por pereza y vanidad, aunque en aquel momento haya pensado que fue por perseverancia. Cada vez eran más los que ocupaban las bancas. La policía no terminaba de recorrer el inmenso pasillo, pidiendo pasaportes y corriendo a la gente de la estación, cuando ya se habían vuelto a llenar esas tumbas de nieve trizada y sólida.

Un día se acercó a mí uno de ellos. Me saludó, se ufanó de esperar a una polaca. Cortés, me preguntó si se podía sentar junto a mí, pues no había más espacio en medio de aquellos pilares. Yo me limité a decir “adelante”. Me tenía que ir. Y así lo hice. La siguiente semana lo volví a ver; cuando llegué él estaba sentado y, por fortuna, había otros maderos desocupados. Así pasó el tiempo, la mayoría de las veces ambos hacíamos un simulacro de saludo, nada me indicaba algo oculto, nada me excitaba para iniciar una interpretación. Hubo algunos gestos a los que no les presté atención. La polaca era la clave.

El día que conocí su nombre, aquel miércoles en que nuestras vidas se volverían un solo cristal opaco, Dios no me hizo la gracia de fulminar mis oídos. Al mediodía, se acercó a mí. Antes de que dijera nada me adelanté y le dije, simplemente, sin preguntar:

—Esperando a una polaca.

Él dio el paso definitivo. No sonrió, no se ofendió, ni siquiera tuvo una respuesta. Recordaré sus palabras hasta el final de mis días como castigo por mi torpeza. “Yo soy Abdulán”, fue lo único que profirió. Me tendió la mano y se fue a sentar en una banca vacía frente a mí. Ahora es como una constelación que no puedo descifrar pero que está sobre mis noches.

Puntales, como todas las desgracias, el siguiente miércoles, cuando el sol reinaba su segundo eterno, llegué a la estación. Bajaba por las escaleras eléctricas, inmóvil, y me di cuenta de que la gente subía a empellones. Decenas de policías capturaban, como si cortaran frutas, a todos los extranjeros. En medio de los gritos, las protestas y las absoluciones, pude imaginar primero, y después entender, lo que había sucedido. Alguien había sido asesinado.

Cuando llegué a los andenes y vi que se acercaban hacia mí, me moví rumbo a los vagones y subí al primer tren que paró. Ahí escuché el relato en esa lengua hermosa. Dos rusas hablaban. Un árabe había arrojado a una polaca a las vías del metro. Sus ojos azules y sus doloridas pieles blancas me parecieron sublimes cuando concluían

el relato, agradeciendo que el crimen se hubiera llevado a cabo en el lado opuesto de la estación, pues querían llegar al cine. Afuera nevaba. Yo también decidí ir al cine, me pareció adecuado ver ese drama de Gorky: *Los gitanos se van al cielo*.

Las cosas se normalizaron. Muchos árabes dejaron de frecuentar la estación. Acaso la policía nos corría con más vehemencia. Hubo ocasiones en que apenas llegaba a sentarme y ya venían a pedirme el pasaporte, a preguntar qué hacía ahí, a tronar la misma cantaleta absurda de que ese era un lugar de tránsito y que no podía permanecer en la estación mucho tiempo.

No me sorprendí el día en que tomé el periódico del metro y vi la foto del asesino en las páginas interiores. Un reportaje sobre la violencia en Moscú enmarcaba su foto y su nombre. No era él, habían capturado a otro. Solo el nombre era correcto, el rostro no.

No lo puedo asegurar, pero es muy probable que si no hubiera visto el diario semanas atrás mi reacción hubiera sido diferente. Aquel día, cuando él llegó a la estación y se sentó en una banca vacía, frente a mí, fingimos encontrar nuestras miradas por error e hicimos el movimiento de cabezas, el simulacro cordial. Los años pasaron y me acostumbré a su presencia.

El final de mi relato es previsible, por esto, será breve. Se cometieron dos asesinatos más. Otra polaca y una ucraniana fueron arrojadas a los rieles negros de la estación. La primera vez volvieron a capturar al criminal equivocado; la segunda vez no. Hace unas semanas vi su foto en el diario, el nombre era otro, pero era su rostro. No hay duda porque no ha vuelto a aparecer por los pasillos. Yo, en cambio, vengo con más frecuencia; me siento aquí; y le pido a Alá que me permita convertirme en una estatua, como en aquellas ocasiones en que supe callar y no evité ningún crimen. Todo esto lo imploro con un dejo de angustia y, al final, perdón, lo amenazo. Si no me concedes la gracia del mármol, la frialdad más sublime, me convertiré en Abdulán y mataré en tu nombre, en el nombre de cualquier Dios, en venganza por este castigo de existir.

II. La Fuga

Habían matado a alguien. Después sabría los detalles de esa muerte. Yo salía del vagón. No me percaté de que muchos entraban de manera anormal, más aprisa. Con los rostros torcidos, se alejaban de un destino que no era de ellos. Yo, en cambio, me acercaba.

No tardó en echarme las manos encima un policía. Me llevaron fuera de la estación. Había oído de su violencia, la había visto; pero esa fue la primera vez que la sentí.

Querían un culpable. Se guiaban por cualquier murmullo que no coincidiera con su odio.

Por eso fueron tras nosotros, los hombres de la media luna roja. Ahí estaba yo, contra un automóvil, las piernas abiertas, las manos sobre la nuca, las costillas reventando. Debí resistir, aquel dolor hubiera terminado por desaparecer.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que escuché la voz que sería mi cruz y no lo entendí. Él llegó, hizo que me volvieran y con una inmensa tranquilidad dijo:

—Dame una pista, ¿quién la asesinó, cómo era, dónde puedo encontrarlo? Y te irás.

—Yo no sé nada —contesté jadeando. Entonces se volvió hacia los que me golpeaban.

—Ven, es inocente —dijo, riéndose.

Hasta aquí no me culpo. No busqué nada; fui honesto y humilde. Los golpes se detuvieron. Se volvió a acercar, ahora nos medía con la mirada. Yo yacía de rodillas, recargado contra un sucio neumático y tuve fuerzas para cometer el error de mi vida. Me pidió que me levantara. Se había oscurecido, nevaba un poco.

—Escapa, huye, no vuelvas a cruzar mi vista. Uno de estos imbéciles te va a seguir, piérdelo. ¡A ver, tú! —le gritó a uno de los que me golpeó—. Si tanto te excita jugar a los policías sigue a este rufián durante tres horas y después vas a la oficina a decirme a cuántas mujeres mató.

Debí permanecer, quizá si hubiera visto a los demás; si le hubiera escupido la cara. No hice nada, aún espero que esto haya sucedido en historias que desconozco.

Me fui, pensando que me matarían por la espalda. El frío hacía desaparecer el dolor y mi rostro había sido respetado. Cuando volví la vista, noté que los demás se iban por otras calles; a todos nos seguía un policía. Caminé más rápido, volví a girar el cuello y el cerdo sonrió a unos quince metros de distancia. El saber que a esos abyectos los han seguido desde antes de nacer no me consoló en ese momento.

Cuando apareció una estación del metro entré; pensaba perderlo. No había mucha gente en el andén. Corrí súbitamente, pero él alcanzó a entrar en otro vagón del mismo tren. Asomaba su impía cabeza cada vez que llegábamos a una plataforma para cerciorarse de que yo seguía a bordo. Cometí otro error. Decidí no bajar hasta llegar al centro, buscaría el tumulto blanco para fugarme.

¿Fugarme de qué?, debí preguntarme... no lo hice.

Llegué a la Plaza Roja. Las luces y la nieve, los viejos palacios y la fortaleza roja, pero, sobre todo, las iglesias, me dieron confianza. Zigzagueé entre los puestos de matrushkas, gorros de piel, mascadas, botellas de vodka y juguetes de guerra. Creía que lo había perdido; pero lo más probable es que él hubiera calculado mi error y me dejara de seguir tiempo atrás o que se hubiera aburrido o que las tres horas hubieran pasado. Otro policía vino hacia mí. El centro de Moscú está plagado de ellos y yo lo olvidé. Me pidió mi identificación. Pensé que todo regresaba a la normalidad, hasta que me di cuenta de que ellos se habían quedado con mi única credencial y yo no lo noté. Apelé, usé mi mejor ruso, hablé de mi trabajo en la universidad; todo fue en vano, me llevaron a la delegación.

Al entrar volví a encontrarme con los míos. Un departamento de policía nos contenía en el piso, como parias, arrinconados unos contra otros. El aire denso nos atemorizaba y nadie compartiría un solo gesto. El simulacro de individualidad era la única prenda que se podía guardar en esas circunstancias.

Sentí que mis rodillas se movían sin control e imité a los demás, me puse de pie para evitar que alguien cayera sobre mí. Como una ola sucia nos arrinconábamos aún más. Pronto pude observar lo que pasaba. Dos se liaban a golpes por una identificación. No era poca cosa, ese plástico maldito que decía quién era quién podía salvar a cualquiera. No tardaron en llegar varios guardias y propinar acres golpes a los rijosos. Le dieron la credencial a uno y ambos se tranquilizaron y se dedicaron a lamerse sus propias heridas.

Cuando regresábamos a la indigna posición, llevados por nuestro cansancio y nuestro terror, yo también observé una credencial; como en una escena filmada en cámara lenta, la mica caía de la bolsa trasera de un compañero. Imbécil. La tomé del piso y se la devolví. Apenas la tuvo en su mano, me tiró un certero puñetazo al rostro. El dolor del día se acumuló en mí y se desperdigó, le lancé una patada y nos liamos en el piso.

Llegaron más policías, nos patearon antes de separarnos. Golpes de rutina. Quizá porque yo sangraba o solo porque sí, pero lo tomaron a él de los cabellos, se lo llevaron y arrojaron su identificación sobre mi cuerpo. Esta vez creí ser menos idiota. Guardé el plástico en la bolsa de mi pantalón.

Algún tiempo después otro oficial llegó. Hablaba y hacía mímica para la gran mayoría que no comprendía. De un lado los que tuvieran identificaciones, del otro, los que no. Vi en muchos ojos el terror de la deportación. Esa pocilga malsana en la que nos tenían era preferible a regresar a la nada de donde veníamos.

Nos llevaron a otro cuarto y ahí entregué la credencial en espera de que el hombre no se diera cuenta de que aquel estudiante de lenguas, registrado en el Instituto Pushkin, llamado Abdulán, no era yo. Tenía esperanzas, había raspado un poco la foto y él era, a todas luces, un compatriota mío.

El oficial se levantó, salió y regresó con dos más. Me condujeron a una sala de interrogatorios donde yo inventaba mi nueva identidad. Después todo es incierto y veloz. Me llevaron a una celda; imaginé

que aquel que había peleado conmigo era un criminal y, en unas semanas, sin ningún juicio, sin razón, sin que yo pudiera defenderme, estaba en una prisión. Ese fue mi hogar. En ese espacio construí una rutina por los siguientes tres años. Ojalá todo hubiera acabado ahí... ojalá hubiera terminado mi condena. No fue así.

Un día aquella voz regresó. El policía, que me había regalado mi libertad alguna vez, ahora era el encargado de la prisión donde me encontraba. Nos sacaron a todos al patio para que lo conociéramos a una hora inhabitual. Dijo lo que, imagino, era su deber y su guión, una retórica previsible y mediocre.

Aproveché la primera mañana de su arribo para interceptarlo en uno de sus recorridos por la prisión. En lugar de saludarlo o decir cualquier formalismo, me atravesé en su camino, lo vi y le arrojé a la cara sus malditas palabras:

—Escapa, huye, no vuelvas a cruzar mi vista. Uno de estos imbéciles te va a seguir, piérdelo.

Tendría buena memoria o serían frases que él había inventado, porque me miró detenidamente y dijo, sin perder la calma:

—¿Qué haces aquí?

—Me acusaron de haber arrojado a la polaca al andén —me limité a decir.

—Ven conmigo —se dirigió a su oficina. Le hice todo el relato que aquí he resumido. Él volvió a jugar.

—Para que salgas por un proceso judicial tendrán que pasar algunos años, con suerte solo uno y algunos meses. El día de mañana puedes venir a mi oficina, a las seis de la tarde, cambiarte de ropa y salir con los empleados del correo.

En aquellos días nevó. El clima se repetía, él me volvía a dejar escapar y yo no comprendí. Al día siguiente, estuve en su oficina, se limitó a darme un paquete postal e indicarme que en el baño había un uniforme. Cuando salí me guió hasta el camión de correos y ahí indicó que me dejaran cerca del centro de la ciudad. Yo era un empleado de su confianza.

Al bajar de aquel camión, no sabía qué hacer. Me fui a sentar en una banca, soporté el aire y la nieve, y abrí aquel paquete. Ahí estaba mi vieja ropa y la credencial de Abdulán, el asesino de la chica.

Con esa identidad me pareció que lo mejor sería robar. Tenía hambre, y atraqué dos pequeñas tiendas. Entré en las buhardillas de Moscú, aquellos sótanos oscuros donde los jóvenes compran cerveza barata, ven pantallas gigantes con música cantada en inglés y no se despegan de las computadoras. Seguí robando. Me especializaba en ser yo.

Un día pasaba por el Instituto Pushkin y entré. No llevaba una sola moneda y quería un café. Recuerdo haberme acercado a una mesa donde se hablaba mi lengua, me pareció ajena y me conmovió su sonido grave. Cuando me preguntaron mi nombre, contesté: “Abdulán, el asesino”. Era lo que para entonces quedaba de mi idioma en mí, y se rieron. Alguno de ellos dijo que si yo era Abdulán, debería de estar en prisión. Me sulfuré, saqué mi navaja y por primera vez regresé a mi lengua para robar. Tomé con violencia al que estaba más cerca de mí y le indiqué que sacara el dinero o lo mataría. Cuando puso las monedas y los billetes sobre la mesa, yo saqué mi credencial y, en un acto de fanfarronería, dije:

—Miren imbéciles, yo también viví aquí, pero esta pocilga no es para mí.

Tonto de mí, creí que había encontrado una identidad. Todos se habían replegado con pavor hacia las paredes y yo les dije que me tenía que retirar, al volver mi cuerpo vi a un joven como yo. Estático, al encontrarse con mis ojos sonrió.

—Y tú, ¿quieres tener problemas conmigo?

—Toda la vida, desde que nací, he tenido problemas contigo.

Vomitó una carcajada. Era él. Y antes de que pudiera reaccionar, de tener tiempo de reiniciar esa pelea que tuvimos en el maldito hueco en el que nos habíamos encontrado infinitamente, él se había ido.

¿Quién fui yo en aquellos días? Nadie, él más horrible vacío. Robé más, fui más violento, pero me di cuenta que nunca podría matar ni reírme como lo había hecho él.

Días más adelante mataron a una ucraniana. Vi el periódico y ahí se hacían algunas conexiones entre ese crimen, otro de una polaca y el que yo, Abdulán, había cometido. Se decía que yo estaba preso pero el director del penal negaba cualquier visita a mi celda. Fue cuando supe que ese hombre era mi última esperanza, no volvería a aguardar a que él decidiera aparecerse en mi vida.

Regresé a la prisión, fui a verlo y le pedí un trabajo. En verdad, ahora casi lo digo sin vergüenza, lo único que le pedía era que me encarcelara, como debió de hacerlo desde la primera vez.

Él parecía saberlo todo. Me pidió que le ayudara a capturar al verdadero asesino de aquellas mujeres hermosas como el hielo, a cambio tendría un trabajo. Levantaría a los presos haciendo sonar los barrotos; cerraría las celdas por la noche; participaría tres días en los interrogatorios a extranjeros; obtendría un buen sueldo. Dicho todo esto me miró:

—He revisado tu otra historia. Sé que eras un brillante traductor del ruso, del inglés y del francés. Tres lenguas con raíces diferentes, lo cual hace que potencialmente puedas dominar muchas más. Además, te interesabas en la interpretación de textos; los profesores que comentan tu extraña desaparición y que nunca vieron aquella foto donde tu identidad se transformaba, dicen que tú eras un prometededor intérprete, no solo un traductor.

Las últimas palabras de su monólogo sonaron muy distantes para mí, como si vinieran de otra vida.

Esto es todo lo que quiero escribir ahora. Lo he hecho porque hoy Abdulán me recordó quién fui. Han pasado algunos años desde que estoy aquí, al cuidado de estos mercaderes y delincuentes, al cuidado de mí mismo. Esta mañana fui a la celda 9, a despertar a Abdulán. Él estaba callado, como ha estado desde que lo trajeron aquí. Pero hoy le hablé en nuestra bella lengua, apenas y le di los buenos días. Él, con su mirada hosca, me contestó algo que ya no me puede estremecer: “Hábleme siempre en ruso, sigo pensando, a pesar de estos barrotos, en ser traductor”.

EL CIRCO

I. El poeta

Vine a escribir poemas sobre este Circo. No he podido empezar. Primero venía una vez a la semana, después dos, tres, cuatro, y ahora estoy aquí. Es un cuarto en el que nadie podría reconocer el color de las paredes. Atrás está el Circo, después el metro y más lejos el cruce de las dos avenidas: San Cosme e Insurgentes.

Ya me había quedado a dormir algunas noches en este hotel, el dueño me conoce. Pero cuando le dije que estaba escribiendo un libro sobre el Circo, me miró como si antes nunca lo hubiera hecho, peló los ojos y después soltó una carcajada. Cuando logró contenerse me dijo que si le pagaba setecientos pesos a la semana podía hasta hacer mi Circo en este cuarto. Hoy no quiero saber qué quiso decir.

“La luna de los atardeceres es siempre cruel. En el Circo alguien da a luz y alguien golpea a un caballo que quiere salir a esa avenida llena de coches. La luna ya empieza a iluminar la ciudad. La tarde ya ha muerto.”

Cuando escribí esto era un miércoles, me asomé a la carpa y lo vi todo. Creo que el único que no sintió angustia porque alguien nacía era yo.

Aquella noche me fui a la cantina que está en la contraesquina del Circo, La Flor Asturiana, “Salón familiar” puede leerse en la entrada. Las dulces damas capturadas en los uniformes se mueven con rapidez. Todas silenciosas y corteses. Me costó entender la rutina. Hasta que miré con insistencia a una de ellas y después le pellizqué la mano fría que cargaba el vaso con ron y hielos. Sonrió. Pasadas las once bailábamos *Amor de cabaret*. Éramos una escena de cine. Dos horas después caminamos a mi hotel y me quedé dormido en el escusado. Al día siguiente, cuando volví a pellizcar su mano, fingió un error y tiró los hielos y el ron sobre mi pantalón. Más tarde intenté invitarla a bailar y me encontré con mi rostro dentro de un charco de agua inmundada.

Uno de los tipos que me arrojó me pareció conocido. Dos días después lo identifiqué desde la ventana de mi cuarto. Salía y entraba de la cantina. Me di cuenta que robaba con elegancia a quienes caminaban y se apretujaban en el tianguis. Otro día lo vi recolectando el diezmo en los puestos, junto con dos hombres más. La última que le observé fue cuando una pequeña pandilla lo recolectó de entre la gente. Lo amagaron con una daga y lo trajeron a la cuadra escoltada por el hotel y el Circo. Dos se apostaron en la esquina para que nadie entrara. Mi mirada se distrajo por unos segundos. Después solo observé el cuerpo de ese hombre cosido a puñaladas sobre un charco de sangre que se diluía con el agua de las lluvias. Reconocí días después a uno de los integrantes del operativo. Un muchacho con uniforme de secundaria. No distinguí el número de la escuela en el escudo. Pudo haber sido la 4, la 28 o la 33. Por algunas semanas lo vi enseñorado, entrando y saliendo del mercado, las cantinas, los burdeles y en las filas para echarse un *dancing* en los salones de baile que están sobre la avenida. Ayer lo encontré, repitiendo la misma escena entre el hotel y el Circo. Cosido por el acero y decolorado por la falta de sangre. Una de las más sutiles y camaleónicas putas de la ciudad de México, las de San Cosme, se acercó y le echó encima unos periódicos. Me imagino que para que no le ahuyentara la clientela.

No hay una sola hora de ausencia. Todo lo he observado y sé que hay una causalidad espantosa que nadie puede comprender.

Ahora que llevo unos meses viviendo en el hotel El Paraíso he vuelto a revisar mis notas y he desechado muchas. Esta también la tiraré:

Las manos jalan con fuerzas
una cabeza se asoma al mundo
nadie merece esta luna ciega
solo el ruido de los autos podrá
manufacturar el olvido.

Un caballo sería inverosímil

¿Qué le pasa a mi mirada? He dejado de ver solamente hacia el Circo. Perdí la obsesión. Todo por esa putilla elegante que se para del otro lado de Insurgentes. Es una dama alta. Hoy lleva puesto un vestido largo que enseña con discreción su entrepierna. Sus ojos son claros. El cabello es largo. Ahora mismo se acerca un taxi, un hombre se asoma y le dice algo, seguramente le está proponiendo un acostón...

No pasó nada. Pendeja no es, hubiera sido bastante estúpido subirse con esos dos. Es una princesa, merece por lo menos un auto particular.

Desde ayer intento escribir sobre ella. En un momento pensé en alguna conexión con el Circo. "Vapor lastimado". Pero es imposible,

las imágenes y los mitos se destrozan cuando se les pone en un mismo espacio. Mañana le voy a regalar este poema:

Si supieras que mi nombre es el hambre.
¿Cómo me aliviarías?
¿Acaso me permitirías la dicha de violarte?
¿O el sueño de la rutina:
el simulacro del amor?

El poema le gustó mucho. Dice que si le hago tres más en esta semana se acuesta conmigo gratis.

El otro día se subió a un taxi con dos tipos. Tuvo suerte, porque a la cuadra el coche frenó con violencia y a ella la sacaron disparada; se fue contra la banqueta y acabó en un charco pestilente. Me acordé de mí. Pero ella se levantó rápido, no permitió que nadie le ayudara. Regresó a su esquina y estuvo llorando durante quince minutos. Después se fue, a la media hora regresó con otra ropa y la cara limpia. Es una princesa. Voy a plagiarme a Catulo y a Bukowski.

Los poemas funcionaron. Desde hace una semana vive conmigo. Somos como esposos. Ella trabaja en el hotel de enfrente o se sube a los carros; pero siempre viene a dormir aquí. Se levanta muy tarde y se va a comprar ropa, a ver a su mamá, sale con sus amigas y, después, a las siete de la noche, llega, se cambia y se va a trabajar. Desde que vive conmigo ya no me interesa espiarla por la ventana.

Nuestra vida empieza a degenerar. Yo no tengo ya casi dinero. Me han publicado algunos poemas en las revistas literarias de moda y

en algunos periódicos, además he presentado algunos libros; pero todo esto me alcanza para emborracharme y comprar medicinas y cigarros. Ella se encarga de la renta y la mesada de la fonda donde tenemos todos los días un desayuno continental y una comida corrida.

Me regaló una cobija. Ha empezado a dar servicio en nuestro cuarto. El cabrón del dueño nos subió la renta para que pudiera entrar cualquier gente y a veces ella me toca la puerta y yo me tengo que salir, o llego y siento que el pasador está echado por dentro. Ya van dos veces que me quedo afuera del cuarto toda la noche, oyéndola fingir como si fuera una gata en brama. Yo creo que por eso me dio la cobija.

Ayer me depositaron lo del poema que publiqué en una revista. Mañana la voy a invitar al Circo.

Algo me dolió ayer. Volví a ver a la vieja que siempre está sentada sobre un tambor y que tiene la vista perdida. Cuando la trapecista, Ruth, sale al escenario, ella levanta los ojos y aplaude al verla descender. También cuando los monos andan por el escenario sobre las pelotas se le asoma una sonrisa.

¿Qué recordará esa vieja? Me aterra pensar qué voy a recordar yo en mi vejez.

Ayer Zulema estuvo trabajando toda la noche en el cuarto. Mi puta, mi mujer. Creo que ayer no fingía.

Desde hace unos meses que fuimos al Circo la he pasado muy mal. Ayer intenté escribir y me quedé horas viendo por la ventana a Zulema y a la gente que entraba y después salía de la carpa amarilla.

Escribí esto:

Fue cuando llegué al hotel Paraíso, subí a mi cuarto y abrí la ventana, que me di cuenta de la luz. El sol rojo y la ciudad. No encontré un solo verbo. Todo era estático. La luz de fosfeno y mercurio. Nadie estaba aquí. Nadie hubiera podido seguir respirando esta luz química. Fue hasta que llegó la luna que todo se inventó y lo primero que vi fue una carpa de Circo. Al lado había una tienda de electrodomésticos: Viana. Lo segundo que vi fue a una mujer. Una puta hermosa, que había capturado los colores de aquel sol suicida y se había quedado en medio de la noche, desdeñosa de la luna y de las luces rápidas de los automóviles, altiva ante los gritos y silbidos soeces de los eunucos que conducían su felonía en autos de metal frío. Ella estaba olvidada aquí, esperando que la devolvieran a su reino. Yo no temía nada. Ella me pedía que saliera del cuarto para atender un deseo. Yo no conocía la angustia. Alguien le pegaba en este cuarto. Yo la curaba. Ella estaba lista para la invención del mundo.

Ya no puedo estar aquí, ninguna experiencia formará un poema. Le dejaré mi cuaderno, sé que por las mañanas lo toma y se lo lleva con ella. Transcribiré algún poema que recuerde, para ella, mi último plagio:

Esta línea tinta del crepúsculo será irrepetible.
No será como las desgracias ni como los gritos.
Reaparecerá azul, blanca, quizá negra.
Jamás volverá a ser del color de tu sangre
ni de mi desamor.

Ahí viene el hombre que nos ha mantenido en los últimos meses, el que le pega de una manera tolerable. Le escupiré a la cara, le buscaré el valor y la locura. Y, con un poco de suerte, me alcanzará a matar.

II. Zulema

La única posibilidad que tenía de olvidar este dolor y de detener el desprecio que me tenía a mí misma era caminar y encontrar a quién contarle lo que había pasado. Toda la noche vagué por la ciudad y cuando estaba cansada y fuera de mi territorio un auto se acercó. Eran dos muchachos que me preguntaron cuánto cobraba. Mis pies estaban a punto de quebrarse, el inicio de una migraña empezaba a nublar mi vista y tenía la boca seca por el alcohol que había bebido, mientras caminaba sin sentido y sin dirección.

Setecientos pesos por los dos contesté maquinal, y cuando oí que me respondían cuatrocientos, de algún lugar de mi cuerpo salieron fuerzas para erguirme y seguir caminando. Después de un tiempo el coche me alcanzó. Está bien, oí al punto del desmayo y sin ninguna alegría mi cuerpo descansó. Me acerqué a la ventana y les dije que tendríamos que ir al hotel Camelia, atrás del edificio de la Lotería Nacional; podría subir uno a la vez al cuarto. No hubo problema.

Me senté en un sillón con el forro de imitación de piel raído y algunos luchadores de juguete a mi lado. Llegamos al hotel y bajé a hablar con el encargado. Le comenté al del volante que prefería subir con él primero, que el otro nos podía esperar en la cantina de la esquina. Aceptaron.

Subimos arrastrando los pies por una alfombra densa de polvo. Desde los cuartos habitados en el primer y el segundo piso, oímos los gemidos de las parejas o de los canales pornográficos del televisor.

Abrí la puerta de la habitación 305 y un olor a jabones baratos me recibió. Sentí que sus brazos me tomaban por la espalda y vi sus ma-

nos apretar mis senos con una presión que subía con una tosquedad precoz. Sentí ganas de vomitar por el dolor de cabeza.

Delicadamente, le tomé los dedos de las manos y me desasí de él. Le pedí un momento. Entré en el baño y me inyecté una ampollita de cafeína que inmediatamente empezó a surtir efecto y a regresarme al mundo conocido. La migraña se fue diluyendo. Me pinté la boca. Me eché un condón en las caderas, sujetado por el resorte de los calzones, y salí a ganarme el dinero lo más rápido posible.

No hubo problemas. Desde que los vi en el coche lo supe. Era un muchacho ávido y reprimido que antes de penetrarme ya estaba eyaculando de manera incontenible. Se enojó un poco consigo mismo y lo llamé a que me abrazara para que no se fuera tan pronto. Le ordené que le diera un par de tragos a lo que me quedaba de la última botella de a cuarto que había comprado y lo retuve por media hora, mientras yo dormitaba un poco con los ojos abiertos.

Después le hablé como si fuera su puta madre y le dije en qué esquina podía encontrarme. Le pedí que viniera en dos días para que le enseñara, con paciencia, a mantener el vigor y la calma.

Se fue. Al poco rato, llegó el otro niño, con una botella que yo le había pedido a su compañero. Comenzó besándome el cuello, queriéndome excitar. Le pedí que tomara algo de alcohol y que me penetrara rápidamente. En un breve momento lo empecé a apretar y lo que primero se convirtió en resistencia, después fue un frenesí predecible. Grité un poco, fingí y el muchacho sonreía al final.

Se vistió de prisa y se fue. Entonces terminé la botella; dejé que las punzadas en mi cabeza avanzaran, vomité para alejar el dolor de manera rápida y entré en un profundo sueño de muchas horas.

Al despertar la imagen regresó infinita. Fue a buscar al Guajiro. Un hombre que se acuesta conmigo varias veces a la semana. El que asegura el pago del hotel y de la comida de los dos. A veces me pega, cuando el alcohol lo violenta, y no mucho; siempre me pide perdón y me dice que lo hace por celos. Dice que quiere estar conmigo y que es capaz de mantenerme a mí y a Damián, hasta que me dé cuenta del

tipo de bastardo con el que paso la vida. Ya llevábamos varios meses así. Pero ayer Damián lo esperó en el pasillo del hotel, le dijo que se alejara de mí para siempre. Quizá todo hubiera quedado así; pero Damián sacó una navaja y se le fue encima. El Guajiro lo esquivó con facilidad y todavía lo tomó de la chamarra, lo levantó y le encajó la navaja en el estómago, sin dejar que la soltara de su propia mano. Luego, se fue.

Se me salían las lágrimas de fatiga.

Fui al Circo aquella noche. Mi reino, una vez más, estaba perdido.

SÉNECA

“No se esconde el espíritu en lo hondo ni ciertamente hay que extraerlo con el hierro; no hay que registrar las entrañas con una herida profundamente infligida: la muerte está ahí cerca”. Con esta frase de Séneca, comenzábamos aquel 3 de julio nuestra reunión.

Sobra decir que esta no es la mejor de las joyas retóricas que produjo Séneca y que los motivos que tuvo Lulio para elegirla nunca nos fueron revelados. De hecho, cada sesión era abierta con una sentencia senequista, cada ocho días uno de nosotros elegía una máxima, un consejo, un aforismo o una perplejidad redactada por el cordobés. Todos escuchábamos y dábamos paso al orden del día.

Aquel 3 de julio, cómo olvidar, fue aquella la larga frase que iniciaba nuestra dedicada y amorosa pasión por el texto. No tardamos, pues, en comenzar a discutir sobre el principio de la “Consolación a Polibio”. Ese principio *no* existe. Aún recuerdo el trunco arranque de la obra:

[...] nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de donde engendró, son perecederos.

Discutimos profusamente la interpretación de Gincontti y de Reynolds y nos negamos, de forma unánime, a aceptar la hipótesis de Gertz. El sabio helenista sostuvo que el principio era este:

Las ciudades y los monumentos erigidos en piedra, si con la vida nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de donde engendró, son precederos.

Debo decir que nos negamos a aceptar esta afirmación de Gertz por su perfección, por su suave acoplamiento. Todo tan lejano de Séneca, él mismo un accidente. Me parece que fue Marcia la que sostuvo que el principio, después de un amplio repaso de las metáforas y analogías acuáticas en la obra del gran moralista, podría haber sido otro.

Los mares y los ríos tienen un solo movimiento que si con el alma nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de donde engendró, son precederos.

La contradicción era evidente, la primera parte de la sentencia decía lo mismo que la segunda, todo es movimiento. No había realmente ninguna comparación posible, esto, sin duda, era más parecido a Séneca que la versión de Gertz.

Me parece recordar, ahora, que fue Claudio, el que insistía en otro comienzo.

Los infinitos laberintos donde se han extraviado los dioses, si con la pena nuestra los comparas, son perdurables; si los reduces a la condición de la naturaleza, que todo lo destruye y lo hace regresar al mismo lugar de donde engendró, son precederos.

No hace falta decir que esta segunda versión fue desechada por completo. Era verdadera en el fondo, sin importar la forma que Claudio le dio, pero aceptarla hubiera implicado, ahora lo sé, matarnos ahí mismo, sin prisa y sin aspavientos, entre copa y copa de vino tinto, a la salud de nuestra mísera culpa de nacer.

Aquella noche nos retiramos en paz. Si acaso había una ligera excitación en todos nosotros, sabíamos que pronto sería fútil permane-

cer en nuestros encuentros, ya veíamos que el silencio y la rutina era el paso que teníamos que dar.

Sin embargo, ocho días después, las cosas cambiaron para siempre. Novato iniciaba la reunión.

“No he destinado un lugar concreto para estos golpes: por donde quieras es accesible”. Después de aquellos breves enunciados, el mismo Novato comentó que había recibido un regalo, un libro que su abuela inglesa tenía en su inmensa biblioteca. Su prima se lo había remitido junto con otros viejos materiales. Se trataba de una versión en latín e inglés que llevaba por título *Séneca*.

Nos maravillamos al verlo y toda la noche se nos fue en hojearlo y ver las sutilezas del latín, aquellas que ninguna otra lengua podría capturar. Yo, especialmente, me deleité con algunas declinaciones que me parecían susceptibles de varias interpretaciones. Nos encontramos en casa de Lulio y en su impresora copiamos, con suma delicadeza *Sobre la felicidad*, ese diálogo luminoso y conservador de Séneca. Debo decir que es un texto sublime, donde, ¡oh paradojas!, el gran vencedor es un demonio de lo bello y no de lo sublime, el suave Epicuro.

Ocho días más tarde, todos nos disculpamos para no asistir a la reunión. Cada uno de nosotros buscó un pretexto pueril. Solo Marcia dijo la verdad, necesitaba releer el texto y cotejar el párrafo 30 con otras versiones.

Fue hasta un mes después que no hubo salida al problema. Nos reunimos en casa de Marcia y fue ella la que inició la sesión. “Eso mismo que se llama morir, con lo que el alma se separa del cuerpo, es tan breve que no se puede percibir tamaña velocidad: bien sea que un lazo estrangule la garganta, bien sea que el agua impida la respiración, bien sea que la dureza del suelo que está debajo despedace a los que se arrojan de cabeza, bien sea que la absorción del fuego corte la entrada al aire al regresa, sea lo que sea, va rápido. ¿Es que te ruborizas? ¡Teméis tanto tiempo algo que pasa tan pronto!”.

La sentencia era la indicada, lo que seguía era el principio de nues-

tras muertes y no debíamos de afrontarlas sino de una forma sublime y estoica, con la pataleta de la razón.

Marcia terminó de recitar y fue directo al punto que todos esperábamos. En la edición que tenía Novato, había una frase nunca antes escrita en *Sobre la felicidad*.

Ahora que el miedo me domina deseo la muerte.

Era, de forma evidente, una sentencia imposible en los labios, en las manos, en el corazón de Séneca. ¿Cómo era posible que aquel hombre, que fue sentenciado a muerte dos veces en menos de unas cuantas horas, que se dirigió al suicidio con toda tranquilidad, que quiso emular a Sócrates a la hora de tomar una cicuta que era innecesaria después de haber abierto, con su propia mano, sus muñecas y sus tobillos, escribiera esa felonía indigna de cualquier helenista? ¿O acaso era cierto que cuando Séneca hizo el lavatorio dramático en honor a Júpiter, era tan solo un acto de miedo, de cobardía y un deseo último de no desaparecer?

Yo pensé en aquel bravo general que al ser azotado por la multitud hasta su muerte, en una infausta decena trágica, solo alcanza a decir, “¿Dónde estás, madre?” Y me retiré de la reunión.

Al día siguiente, por correo electrónico, se me comunicaba la conclusión del ágape. Tendríamos que investigar de dónde venía aquel libro y revisar todas las traducciones y versiones de aquel diálogo maldito: *Sobre la felicidad*. Nuestros recursos no eran suficientes para alcanzar a ver las transcripciones originales, pero nuestros contactos con helenistas nos darían una transcripción de aquellas piezas sagradas. Yo llegué inclusive a rebajarme por dos meses: asistí a cursos de filosofía helenística en la universidad, solo para ver la incompreensión y la incompetencia con la que se trataba al gran Séneca.

Tres meses más tarde, nos reunimos en casa de Lulio. Todos habíamos llegado a la misma conclusión, el texto era tan original como las más adustas y respetadas traducciones del griego. De hecho, no existía

ningún original. Nuestra edición era validada por cuatro versiones más, una en latín, una en griego, una en checo y otra variación al inglés. Lo sorprendente, pues, era que no se hubiera hecho la exégesis de esta cita que cambiaba toda la obra del cordobés. No es necesario decir que aquella noche sentimos que era demasiado tarde para comenzar a lidiar con dos Sénecas; lo mejor, dijo Marcia, es disolver todo.

Pero faltaba lo peor. Claudio nos comunicó que tenía un comprador para el texto, que pagaría 100 mil pesos por el ejemplar. Todos nos miramos con una infinita sorpresa y fue Lulio el que lo echó de su casa. De nada sirvió que, mientras lo sacábamos, apelara a la *Consolación a Marcia*, ni que citara párrafos enteros de las *Epístolas morales a Lucilio*.

Era, pues, imposible disolver la cofradía, ahora tendríamos que ser coherentes. Al día siguiente, yo fui el encargado de hablar con Claudio, decirle que todo estaba olvidado e invitarlo a “un banquete de despedida del club”. El viernes, en un delicado restaurante del centro de la ciudad, nos emborrachamos juntos por última vez. Después lo llevamos a un cabaret y lo dejamos que probara la carne aún tensa y los besos con aroma a alcohol. Recitó, como merolico, *El banquete* de Platón. Al salir, simplemente lo llevamos a las puertas de Palacio y ahí, agazapados, le preguntamos si había disfrutado... que imaginara lo que podría obtener con los 100 mil pesos y le dijimos adiós. Fue Novato el que con una fina punta le perforó el estómago y el corazón y le hizo el honor de abrirle una muñeca.

Una semana después, nos encontramos en casa de Lulio para despedirnos y ahora fue el pusilánime de Novato el que nos recriminó que lo hubiéramos llevado al extremo de matar. Todos nos habíamos conmovido de terminar así, pero lo de Novato se fue convirtiendo en rabia, hasta alcanzar la peor de las pasiones, la demencia de la ira. Dijo que él vendería el libro, que se gobernaría a sí mismo con ese dinero y que si nos cruzábamos con él, nos eliminaría.

La ira es solo posesión del tirano y no conduce más que a la barbarie. ¿Cómo pues íbamos a dejarlo por ahí, cómo íbamos a permitir

que esa bestia llena de odio, que buscaría a quien devolver siempre su dolor anduviera por las calles y los parques de la ciudad? No había opción. Lulio se le echó encima y lo dopamos.

Cuando despertó, estábamos en el zoológico y él, al vernos, trató de golpearlos; pobre Novato, aún airado. Marcia fue la que le dijo que si recordaba la polémica que Séneca mantiene contra el gran Aristóteles. Inmediatamente, creo, Novato empezó a comprender lo que sucedería. El estagirita dice que la ira es necesaria, que ella es la fuente de la virtud del valor. Séneca se burla de esta afirmación y dice que la ira solo produce ira, jamás valentía, que ninguna prudencia convertirá al iracundo en un hombre arrojado y sereno a la vez.

Ahora que tienes ira, podrás vencer a los leones, fue lo que dijo Marcia y le ordenó a Lulio que arrojara a Novato a la jaula de aquellas hermosas bestias. Pobre Novato, solo nos confirmó la claridad de Séneca, la ira solo se combate con terror, el mundo del vicio solo sabe del mundo del vicio, y así fue. La ira de Novato desapareció y le vimos sus ojos llenos de miedo, mientras nos suplicaba que lo sacáramos. Marcia, tan bella como siempre, fue la que encontró en el almanaque la sentencia correcta. “Claro que te podemos sacar, Novato. ¿Por qué no? Si el mundo está lleno de seres como tú, unos más, uno menos, no hará gran diferencia; pero qué pereza, amor. Además por qué no aceptar que yo soy lenta y ociosa, mientras esos leones son una sola naturaleza perfecta y sin razón”.

Ahora sí, al caminar por aquella desierta avenida, nos dimos cuenta de que nuestras vidas se separarían para siempre. A mí no me sorprendió saber que esa misma noche Marcia se suicidó. Las últimas palabras que nos dijo fueron de Séneca: “Tengo escondida la severidad pero a la vista la clemencia”.

Tampoco me maravilló el destino de Lulio, lo encontré más de cinco años después. Estábamos en un café. Él tenía un rostro terroso, rehecho por el tiempo y el dolor. Era un mercenario. Cuando se acercó a mi mesa, solo dijo “lo he olvidado casi todo, al igual que

tú”, y señaló la pila de libros acerca del helenismo que tenía sobre la mesa y que delataban mi profesión de universitario. Al irse, le oí una sentencia más del endiablado filósofo, aquella frase que confirmaba que nuestro libro era falso: “Ya solo queda en mí una cadena de palabras: ahora que el miedo me domina *no* deseo la muerte”.

LA FRONTERA INVISIBLE

Antes los bombardeos eran como racimos de uvas. Ahora —¿cuándo es ahora?— vivimos bajo los edificios y nuestra vida es normal. Todo está destruido, ya solo nos bombardean cuando van pasando y juegan a quitar un montón de ruinas que yacen sobre otro montón de ruinas. Si alguna vez tenemos que salir todas es en días como el de ayer, cuando fuimos a las afueras de la ciudad, al cementerio, y enterramos ahí, bajo la superficie inmediata, a Sofía.

Al terminar, como si fuera un domingo cualquiera, extendimos nuestros manteles, destapamos las botellas de vino y sacamos las canastas llenas de comida. Todas contaban anécdotas de Sofía, que en nuestro caso, así hubiera muerto la más vieja o la más joven, son solo historias de guerra.

Fue Carla la que dijo que la recordaba con sus profundos ojos azules y se bello pelo rojizo. Día tras día iba a caminar al desierto. Solo pasaba de duna en duna, con medio de aquellas montañas que desaparecen al día siguiente. En un atardecer, quizá a mediados del siglo XXI, Sofía se encontró aquel hombre rubio, de barba corta y cerrada, de ojos verdes como el sulfato.

El hombre moría de sed. Sofía, como lo habrá leído en alguna de las decenas de nuevas biblias que nos acompañan desde el principio del siglo (o en alguno de los diarios secretos que se han publicado desde Tanger —esos panfletos donde confiesan sus miedos y deseos de matar Tennessee Williams, Paul Bowles, Jean Genet, Samuel Becket, Matisse, Delacroix, Joseph Kessel, Pierre Loti o William Bourroughs—), no lo ayudó. Con la mayor indiferencia y

desdén pasó a su lado. Dicen que solo alcanzó a susurrar: en esta vida no hay consideración ni arrepentimiento.

Aquel hombre, le gritó que huía de una patrulla fronteriza, que no lo abandonara ahí. Cuando las palabras del fatigado ser ya se habían desvanecido en el eco de la arena, otra duna había desaparecido. Aquel hombre, intuyó ella, se dirigía penosamente al noreste del desierto.

Apenas unas horas más tarde, Sofía tropezó con una patrulla. De ella bajaron dos hombres morenos y le pidieron que colocara sobre una diminuta pantalla su dedo índice para saber quién era ella. En la computadora apareció el nombre de Sofía Bekkali y el pequeño chip que tenía insertado en su cuerpo vació toda la información necesaria. El policía revisó el último día de la vida de Sofía, apenas dos horas antes había visto a un hombre no lejos de ahí.

Sofía esperó a que el policía levantara la vista y le dijo que el hombre se dirigía hacia el suroeste a gran velocidad.

Dos meses después, aquí, en nuestra mal llamada ciudad, empezaron a correr rumores de que algunos fugitivos habían ocupado dos terminales del viejo metro y que planeaban fundar una comunidad. Todo era posible. Sabíamos que una terminal comunicaba con la vieja estación del ferrocarril. Ahí había un mercado, donde se podía intercambiar una gran diversidad de productos. Una terminal del metro comunicaba, a través de los túneles, hasta la estación del ferrocarril. Si lograban controlar ese túnel, podrían asegurar la fundación de otra ruina humana.

Sin embargo, para hacer esto necesitarían de algunos materiales y así fue como, sigilosos, robaban por la noche autos y materiales de las casa derruidas. En un quieto y gris amanecer, bajo una lluvia discreta, Sofía encontró a dos hombres que traficaban un refrigerador y algunos chips de identificación. Antes de que Sofía pudiera esconderse, aquel hombre rubio, de barba cerrada y ojos verdes, la volvía a mirar.

De prisa, como un Hermes, el hombre golpeó a Sofía y le extrajo

con una navaja su chip. Después le marcó una fina línea en el pómulo izquierdo y le dijo que era en reciprocidad por su bella actitud en las dunas.

Yo sí vi aquel día llegar a Sofía. Su cabello rojo, sus bellas piernas blancas y sus ojos azules estaban opacados por una mancha de sangre seca sobre su hermoso rostro.

Todos sabíamos lo que la falta del chip significaba. Sofía no podría salir jamás, si fuera descubierta por la policía sería encerrada y nunca más nos volvería a ver. Lo que nunca comprendimos es por qué ella no aprovechó los siguientes días para ir voluntariamente a la estación de policía y denunciar a aquel hombre. No teníamos dudas sobre dónde vivía y si lo hubiera hecho rápido es probable que hubieran recuperado su chip y verificado la información que en ese momento estarían tratando de eliminar.

En fin, con el dinero de todos compramos una pistola para ella y tuvo que ser más precavida con sus paseos diarios. Varios años después, cuando aquellos extranjeros ya habían fundado y legalizado su ciudad en las estaciones del metro, dejaron de asaltar las ruinas de nuestra comunidad. Todo se había olvidado y con los ahorros de todas le habíamos podido regalar a Sofía un nuevo código de identificación, donde cada noche ella inventaba y escribía su vida pasada.

La vida seguía su azaroso curso y fue un día lluvioso, en el desierto, cuando Sofía encontró, por tercera vez, al hombre de los ojos verdes.

Ambos pasean por entre las dunas y él fue el primero en verla. Ahora Sofía era más grande y más bella. Su cabello era aún más rojo y el tamaño de su cicatriz se había moderado. El hombre se acercó a ella y le dijo que había pasado mucho tiempo desde que casi había muerto de sed en aquellos desiertos. Él, ahora, ayudaba a la gente a encontrar una ciudad en ese territorio; ella, en cambio, solo paseaba entre las dunas.

Seguro tendrás un nuevo identificador, le dijo él. Será cosa de que lo tome y te haga otra linda cicatriz, Sofía Bekkali.

No me llamo Sofía Bekkali, contestó ella, ahora mi apellido es Genet y está escrito en mi identificador, el que encontré en las dunas, un día en que antes de que intentaras algo te maté.

Así, con un rápido disparo, Sofía le abrió en dos el pecho al hombre rubio de los ojos verdes. Siguió caminando y a la distancia, entre duna y duna, en un atardecer, quizá a mediados del siglo XXI, ya se veía a un hombre rubio, de barba corta y cerrada, de ojos verdes como el sulfato.

El hombre moría de sed.

RÍO FRÍO

Desde tiempos inmemoriales, la región de Río Frío ha visto nacer en sus laderas a hombres y mujeres que gustan de los cuchillos, de la niebla y del honor. Si bien nunca han portado uniformes tan unívocos como los de los Húsares blancos, ni han gozado de títulos nobiliarios, ni se han inquietado por la escritura de sus propios misterios, nada de esto significa que no hayan vestido, en su momento, los colores de la naturaleza a la hora de morir y a la hora de celebrar.

(No se han equivocado los historiadores, una y otra vez, en prestar atención a este tipo de regiones encalladas en los valles que resguardan y sufren la construcción y destrucción de alguna ciudad.)

En este lugar, cerca de Tres Marías, en el año 1866, se registró una sangrienta batalla entre las fuerzas chinacas y los combatientes imperiales. Los primeros servían al depuesto presidente de México, Benito Juárez; los segundos al emperador Maximiliano de Habsburgo. Uno y otro representaban dos líneas de un laberinto infinito que solo poseía una clave, jamás aquellas líneas se podrían cruzar. Maximiliano, similar a los dioses, era rubio, de profundos ojos azules, alto como los astros y con una gran barba que santificaba su rostro. Juárez, en cambio, era similar a los dioses, moreno como la tierra pisada, de profundos ojos negros, bajo como los animales y con un rostro santo y descubierto.

En aquella batalla, sin estar presentes y sin saberlo, ni estos dos hombres, ni ninguno otro se podían enfrentar realmente. Sin embargo, los Chinacos no escatimaron en abrir pechos, cortar dedos, disparar descargas de pólvora y cicatrizar la tierra y la piel; los im-

perialistas tampoco. Sangre por sangre, la batalla se alargó por tres días. El general Escalante, al mando de los Chinacos, combatió días enteros y en más de una ocasión divisó a un coronel gallardo y valiente que no se cansaba de matar hombres. En una última incursión, el general Escalante buscó sólo al coronel Brunmair y cuando lo encontró, en lugar de explotar aquel corazón, se acercó hasta verlo a los ojos, comprender su rostro y desfigurarlo con un culatazo mortal que hundió en el pómulo derecho del coronel. Antes de saber qué haría, sintió que su hombro estallaba y vio desvanecerse el rostro mancillado del austríaco, mientras él caía al suelo. Una bala le había perforado el hombro derecho.

El general Escalante recordaría las nueve noches más largas de su vida. Entre fiebres y dolores, nunca desapareció la cara de Brunmair. En sus alucinaciones inclementes, pedía a gritos un espejo para cerciorarse de que él no era el soldado austríaco herido en el rostro. Cuando por fin se recuperó, se dijo a sí mismo que no habría victoria posible sobre el Imperio, si aquel soldado rubio, de ojos azules y herido de muerte, no era asesinado.

Sin que el general Escalante lo supiera, en la elite juarista se difundió un reporte, elaborado por una mujer al servicio de Carlota, que indicaba que varios soldados austríacos partirían a Europa con ella, uno de los cuales, era el temido coronel Brunmair.

Meses después, un combate más sangriento tuvo lugar entre Orizaba y Córdoba. De un lado, bajaban desde Jalapa y el puerto de Veracruz, como el rocío o el olor a café, los negros e indios que combatían con Juárez; por el otro, subían desde Puebla, como la niebla y el frío, las fuerzas conservadoras que apoyaban a Maximiliano. Los Chinacos de Río Frío tomaron por sorpresa la retaguardia de las fuerzas imperiales y esto decidió la batalla. Entre los muertos ilustres, estaba el general Hans Becket.

Cuando dos asistentes del general Escalante vieron a aquel hombre, no dudaron en esconderlo en uno de sus carros y por la noche, con una piedra de río, le explotaron todo el hemisferio derecho de

la cara. A la mañana siguiente, cuando el general se paseaba por el campo de batalla, uno de los muchachos le dijo que ahí estaba el coronel Brunmair. Lo despojaron de sus insignias y las entregaron al comando juarista.


Los Chinacos de Río Frío regresaron entonces al centro del país, evitando la ciudad imperial de Orizaba y llevando consigo al supuesto coronel Brunmair. Al llegar a su pueblo organizaron una fiesta. Después de que las tropas habían bebido y bailado, Escalante se dijo a sí mismo y a sus tropas que nunca había visto la victoria tan lejos, pues sabía que el soldado que hirió continuaba vivo. Los agentes de Juárez le habían informado que él tenía en su poder a un soldado importante, por sus condecoraciones se supo que se trataba del general Hans Becket.

Las guerras se ganan cuando los milagros se cumplen. A tal grado sabían esto las fuerzas juaristas, que sus comandantes y generales ordenaron a una espía, una bella morena al servicio de Carlota, que falsificara una carta para traer de vuelta al coronel Brunmair. La orden que recibió era precisa. Los juaristas necesitaban el rostro de ese coronel.

Después de tres años al servicio del Imperio y con la información que había recibido sobre el general Hans Becket, ella no tuvo dudas de a quién debía dirigir la carta. Al día siguiente, entre la correspondencia imperial, había una carta del general Becket para Francisco José, emperador de Austria, en la que le pedía que nunca lo dejara descansar en aquella “tierra enferma y maldita”.

Lo demás fue aún más rápido y preciso. El emperador, que también sabía de la importancia de los más extraños deseos de los hombres, investigó con sus infiltrados en las fuerzas de Juárez que el cadáver de Becket tenía la mitad de la cara destrozada, según se dijo, como solo otro hombre en el mundo, el coronel Brunmair.

El emperador Francisco José mandó entonces asesinar al coronel Brunmair a las afueras de una taberna francesa. El infortunado soldado fue decapitado y despojado de sus ropas. Todos estos trozos



de lo que fuera uno de los más valientes soldados del Imperio fueron traficados hacia México, con la complacencia de los juaristas, e intercambiados, secretamente, por el cráneo y el uniforme de Hans Becket.

Cuando Escalante vio el cadáver momificado de Brunmair, solo comentó, con la vista fija en el pómulo devastado: “No me interesa saber por qué embrujos llegó hasta aquí, ni si hay alguna razón detrás de todo esto, lo importante es que este hombre que combatió con valor ahora se encuentra aquí, para bendecir nuestra tierra y para que le ofrendemos nuestra victoria”.

EL EXILIO

Los viajes en tren son una de nuestras más infames carencias; quizá solo comparable con la falta de un río. Aquel oscuro lugar necesita eso: agua y rieles. Si no fuera por la furia de las lluvias, yo creo que hubiéramos emigrado antes de que nos expulsaran. ¿A qué quedarse en ese deseo de piedras eternas?

Hoy viajé por una hora y cuarto desde Essex hasta mi casa. No fue fácil. Cargaba varios kilos de verdura, tres libros de más de 300 hojas, una botella de ron y una de whisky, ropa sucia y un kilo de queso holandés.

La temperatura era de 32 grados. En la plataforma 1, junto a mí, había tres rusas disfrazadas de gringas, dos africanas con los labios pintados de color azul y una pareja de punks, ella estaba muy mal y se desmayó antes de subir al tren. Perdieron el viaje.

Desde que abordé me sentí feliz y dormí como si estuviera en un vientre. Desperté cuando entrábamos en Londres. Al llegar a Stratford cambié de tren para ir a Hackney. Sólo viajé a través de cuatro estaciones más.

Al pasar los torniquetes, me di cuenta de que dos hombres estaban sacándole el diablo a una mujer y a su hija. Me quedé a ver, por quince minutos, cómo era expulsado ese demonio. Después crucé el mercado, quería comprar una libra de cerezas pero no tenía manos para cargarlas.

Cuando llegué a mi casa noté que la reja estaba abierta e imaginé lo peor. Así fue, habían entrado y robado, lo único que quedaba era el refrigerador, la cama, el teléfono y la estufa. Pensé que no podría

lavar la ropa en casa. Me consoló que en el refrigerador quedaba una cerveza negra. Me la tomé mientras terminaba de leer un libro sobre la reminiscencia y la inmortalidad del alma. Después llamé a la aerolínea para adelantar el día de mi partida.

En la noche, me fui a tomar al Ridley Arms. Alguien me preguntó cómo era la capital de mi país.

—Terrible —le contesté—. No tiene trenes, ni ríos.

—¿Nunca vas a volver?

—¿A mi ciudad?

—Sí.

—Nunca me he ido. De ese lugar es imposible salir. Todos los trenes y todos los ríos me conducen hacia allá.

—Salud —dijo.

—Salud —le contesté.

MEXICO CITY

*Esta tarde llueve, como nunca; y no
tengo ganas de vivir, corazón.*

CÉSAR VALLEJO

Me acosté con él la segunda noche después de conocerlo y, antes, le dije que pudo ser la primera.

Él andaba tras un *serial killer*. Un chacal que iba a citas ciegas, cortejaba a las damas y después las degollaba.

Me sonrió desde que salimos del avión y le sonreí también. Hay veces en que los cuerpos se fugan. Lo perdí de vista y lo olvidé. Al final, en los carruseles (que palabra tan bonita), ya solo había una maleta girando. Era la de él. La tomó y se dio cuenta de que yo era la única persona en aquella sala. Volvió a sonreír y el alma se me alegró y vi que mi mochila ahora empezaba a rodar por la cinta de hule negro. Tomé mi mochila y nos acercamos.

—Hola —dijo cuando estuvo cerca de mí.

—Hola —contesté, con una alegría que trataba de ocultar.

—¡Qué coincidencia!

—Sí.

—Bruno Mendoza.

—Yo soy Mirna, Mirna Ziek.

—Mucho gusto, Mirna. ¿Te espera alguien?

—No —y hubiera querido decir, me esperas tú.

—Tengo mi coche en el estacionamiento. Si quieres te puedo llevar a donde vayas.

—Sí. Voy al Hotel de la Ciudad de México, en el centro.

Fuimos a cenar, después de que dejamos mis cosas en el hotel. Estuvimos en un lugar viejo, con disparos, sí, con disparos en el techo. Era rojo como el vino y como la sangre de los labios que he mordido. Tomamos varias botellas, después caminamos por una calle que se llama 5 de Mayo y vimos una tumba inmensa. La sepultura más grande que yo haya visto en toda mi vida y, en medio, tenía una espada gigante que terminaba con una tela de colores que no le permitía a los muertos salir. Alrededor había una iglesia, hoteles y casas de poder. La gente decía que estábamos en el centro de un país. ¡Qué risa me dio esa idea desollada!

Salimos contentos, a pesar de la fosa viva. Cuando llegamos al hotel, nos volvimos a mirar.

—Adiós.

—Adiós —respondí, embobada y feliz por el aire sucio que corría sobre mi cara.

Pero no se fue. Nos besamos. Él avanzó primero y yo me dejé abrir los labios y su lengua me probó el vino y el tabaco de las encías. Y, sin sentir, le arrimé mi pezón que ya se endurecía. Todo era un ligero temblor. Nadie quiso abrazar al otro y el beso se hizo trizas.

—Adiós —repetía ahora.

—Adiós —le respondí, con calma.

—¿Podemos vernos mañana?

—Sí.

—Paso en la tarde.

—Pasa a las seis.

El día siguiente fuimos al sur de esa ciudad. Cenamos y caminamos mucho. Regresamos al centro, bajamos por las escaleras de un edificio y entramos en una cantina oscura y llena de faldas rojas y pantalones negros que se movían diligentes. Había una rockola. Y estábamos bajo la tumba, con la espada y su tela de colores sobre nosotros, riendo y agitándose. Este sí era el centro de un país que no

existía. Nos sentamos frente a la barra y bebimos con paciencia, casi con alegría, y volvimos a platicar.

—Me voy pronto de esta ciudad —le dije—. Yo no quería venir, espero que mañana se resuelva lo que me trajo aquí y me pueda ir.

—¿Sabes, Mirna?, deberíamos de desnudarnos juntos.

—Sí, lo debimos de hacer ayer.

Pagamos la cuenta y salimos del centro de la ciudad. Llegamos a su casa. Y nos desnudamos en silencio, sin sorpresas y sin milagros. Cada quien cargaba en su piel sus dolores y sus hartazgos. Ninguno preguntó nada.

Yo no vi su cicatriz en el muslo izquierdo. Él no vio mi lunar bajo el seno derecho, ni mi tatuaje en la cadera.

Primero él estaba sobre mí y tardamos siglos. Él se iba a venir pero entonces fue más cauto y dejó de moverse adentro. Yo intenté apretarlo pero no quiso; me presionó el centro de la vida, lo asfixió y mis contracciones ya no fueron falsas y mis ojos se abrieron junto con mi boca y ahora sí empezó a moverse. Todo era olor, ojos, bocas, hasta que nos volvimos dientes y uñas, cosas muertas. Alguien dio un grito largo y sordo. Nos quedamos como dos trozos de madera húmeda, oliendo a eucaliptos y a tristeza.

Lo volvimos a hacer, ahora de pie, con violencia. Hasta que murmuró: “Tu vientre parece un corazón que bombea violetas”.

—¿Me besas? —alcanzó a decir.

—No —le contesté, enojada, sin saber por qué.

Yo no sé si estaba embrujada, no sé si lo supo él. Hoy lo recuerdo muy lejos, como un desdoblamiento quirúrgico y sutil.

Nos abandonamos en un desayuno aletargado, en medio de una lluvia fina y complaciente. Nos dimos un beso de despedida.

—Adiós, Mirna.

—Adiós, Bruno —le dije, como un eco, como algo que ya no sucedía.

—Oye, ¿tienes novio?

—Sí, ¿y tú?

—No, yo tengo novia.

—Muy bien.

Nadie dijo más. Nada bueno podría venir.

Sigilosa me iba, cuando un coche paró frente a mí. Y todo fue rápido. Un chacal salió de las sombras. Puso un pañuelo sobre mi rostro y me desvanecí. Un suave viaje lejos, sin mí. No sé qué sigue. Lo más probable es que me haya arrastrado y arrojado a los asientos traseros, y que él se haya subido adelante y conducido hasta un pequeño departamento.

Abrí los ojos. Mi cabeza me dolía y mi cuerpo temblaba. Ahora era el otro centro de un país que no existe: un sillón sucio y rasgado, como yo. Ahí estaba, amarrada. En medio de aquel cuarto, una computadora sobre dos cajas para verduras, enfrente, otra caja, una espalda y unas manos que se movían sin destreza sobre un teclado. Dos puertas, una daba a un baño (los azulejos rosas se veían), la otra era una puerta cerrada. Al fondo, una cocina y un fregadero lleno de trastes y restos de comida. Enfrente una mesa, con un pescado descongelándose y dos refrescos tamaño familiar, un vaso y algunos cubiertos que no distinguía bien para saber qué eran. Había paredes.

—Ya despertaste.

—Ya.

—¿Sabes lo que te va a pasar, ahora?

—No.

—¿Quieres saber?

—No.

—Prefieres esperar a que termine mi tarea, es solo un reporte de lectura, o quieres que termine contigo.

—No quiero estar aquí.

—Entonces, termino contigo de una vez.

Me tomó del brazo y me metió en el cuarto. Había un traje de karateka colgado en el centro de la pared izquierda, con una cinta negra cruzándolo por el medio. Había una bandera del estado de Texas en la pared de enfrente. Había una colección de armas colgadas en el

tercer muro. Había una ventana pequeña y una cama grande. Había muchas veladoras encendidas.

Me desató y me aventó a la cama. Yo giré para tomar un par de chacos y él tomó un mazo con puntas. Y aunque tiré el primer golpe, fallé. El segundo lo hizo él. Me fui hacia el suelo, mi cabeza quería estallar y sentí sangre correr por todo mi rostro.

Oí un disparo. Miré aquel cuerpo venirse abajo y atrás, como si fuera una sombra, estaba Bruno.

Me cargó, me llevó a su auto, después a su casa y me curó. Al otro día fuimos juntos al aeropuerto... yo puse mi mochila sobre el carrusel.

DISTRACCIÓN

El camión dobló por Bloomsbury Way, ¿qué se podía esperar?, ¿qué podría ser diferente? ¿Dónde sucedió todo, en Theobald's Road, en Rosebery Avenue, en Essex Road o, quizá, al final, en Road Balls Pond? Solo sabe que viajaba en el asiento delantero cuando la pelea comenzó. Al volver la cabeza, vio cómo el hombre encajaba la navaja en aquella mole negra y después le sonreía, haciendo cruzar, de lado a lado del segundo piso de aquel camión, una mirada demente.

El camión aceleraba. Nada concordaba con la quietud pública de aquella ciudad. En unos segundos el motor se detuvo en seco. El hombre de la navaja caía sobre aquel que yacía perforado y él estrellaba la ventana con la espalda. Sin parpadear, y sintiendo un látigo rojo en la columna, vio subir al cobrador con una cadena y al conductor que cargaba un bat. Ahora empezaría el relato.

LA MUJER BLANCA

I pray.

Let go, just let go, let whatever happens happen.

Let me not get in the way of my on healing.

Let me keep the rhythm, not miss a beat.

I must dance to silence.

RENATO ROSALDO

Mi amigo llegó con una pequeña campana de turquesa. Tenía algunos grabados en el centro, en medio de dos anchas franjas que abrazaban el cuerpo que producía el sonido. Después de saludarme con un abrazo distante, regalarme una botella de Porto y el disco compacto de los nocturnos de Chopin, en la versión interpretada por Rachmaninoff, se fue a guardar el equipaje en su habitación.

Por aquel entonces, yo vivía en una casa de Santa María la Ribera, en la calle de Sor Juana, junto a una pulquería que habían clausurado apenas dos semanas atrás. La casa era de la madre de él. Yo había empezado a rentar ese lugar desde que él viajó a Londres por unos meses. Regresó y nos entendimos bien. Sabíamos vivir solos en la presencia del uno y del otro. Tiempo después se fue a Viena. Esa noche regresó. Yo me iría en algunos meses y él se quedaría solo.

Le pedí que me dejara ayudarlo con una maleta, aunque no era necesario. Por la mañana, había tendido la cama con unas sábanas que encontré en un cesto de mimbre. Limpié los vidrios y las paredes. Trapeé el piso y mantuve abiertas las ventanas hasta que empezó a caer la lluvia.

Quando entramos en la habitación recorrió todo el espacio con la vista. Me pidió un martillo y fue a una cajonera donde sabía que había unas argollas. Al regresar con el martillo, lo vi encaramado en una silla. Estaba en el ángulo derecho de la pared que daba a la calle.

Le di el martillo y lo vi clavar la argolla en el techo. Un poco de cal cayó sobre su rostro. Jaló la argolla para comprobar que estaba lo suficientemente firme. No me moví del umbral de la puerta y pareció no percatarse de mi presencia. Sacó de la caja de cristal transparente la pequeña campana y la colgó. Hasta ese momento pude observar la diminuta piedra negra que contenía la campana y el hilo que penetraba la esfera por el centro de la pieza azul.

Con ese mismo hilo colgó la campana y la dejó caer, un poco más arriba de la altura de sus ojos. El cuarto era blanco. Solo había una cama en la contraesquina de donde la campana pendía ahora y, en el centro, un foco sin lámpara. Un ruido de camiones que atravesaban en convoy por Circuito Interior me hizo salir de ese espacio de trance. Él pareció no oír ni percatarse del pequeño estremecimiento de la tierra. Levantó su mano con lentitud y empujó la campana. Me pareció que el sonido y el eco comenzaron en un mismo tiempo.

Se volvió hacia mí y dibujó una sonrisa. Le pregunté si tenía hambre. Me dijo que no, pero que quería tomar algo.

—Prefieres salir o tomamos algo aquí, Carlos.

—Prefiero salir, quisiera ver el centro de la ciudad.

Ninguno de los dos tenía auto. Salimos y paramos un taxi. Yo subí atrás, él se fue adelante. Nadie dijo una sola palabra hasta que llegamos al Zócalo.

Estábamos en una vieja cantina junto a Palacio Nacional y Catedral. Los meseros trajeron cacahuates, chicharrones y unas papas cubiertas con varios chiles y salsas. Pedimos cervezas y tequilas. No fue sino hasta la segunda ronda que él empezó a comer un poco. Sabes, comentó, tenía un poco de asco antes del tequila. No comprendí por qué el asco, imagino que es imposible comprender eso.

Me sorprendió que llamara al mesero y le preguntara si ya no serían queso de puerco. Con la siguiente ronda de tragos teníamos un plato lleno de esos cueros blancuzcos, rosas y grises. Cuando mordí uno sentí en el paladar y las comisuras la gelatina que navegaba entre la consistencia del plástico y la piel adherida al rostro. Era imposible destrozarse esa materia, solo se dividía. Iba a llegar intacta a mi estómago.

Dejamos el lugar después de que lo cerraron. Él insistió en caminar. Al llegar a San Cosme lo convencí de que era prudente tomar un taxi en un sitio. No hablamos en todo el trayecto una sola palabra.

Antes de entrar en la casa se quedó mirando la pulquería. Preguntó que desde cuándo estaba cerrada. Le contesté que hacía apenas dos semanas. Dijo que era una lástima.

Le ofrecí cocinar algo. No tenía hambre. Abrí la botella de Porto y me serví un vaso. Él prefirió tomar los restos de una botella de tequila que tenía en casa.

Nos sentamos uno frente al otro. La mesa tenía un logo de cerveza en el centro. Era una mesa de metal. Puse la pieza número dos del disco que me había traído. No sabía cómo comenzar a conversar. Además, ya sabía qué haría él.

Se levantó de la mesa con su copa. Atravesó mi cuarto y agitó la campana azul. Después salió al pequeño patio y no se movió hasta que se extinguió el sonido. Regresó por otro trago. Entonces, le pregunté.

—¿Quién te dio esa campana?

—La mujer que amo.

No fue hasta tres días más tarde que contó esto que ahora recuerdo y quizá altere un poco.

La conocí en Londres. Estudiaba jardinería en la misma escuela donde yo tomaba clases de piano. Los dos trabajábamos. Solo dos veces a la semana acudíamos a aquella academia. Ninguno tomaba en serio sus cursos. La razón para matricularnos era alargar la fecha de nues-

tra residencia en aquel país. Yo tocaba en un conjunto de jazz de martes a sábado. Ella bailaba en un restaurante japonés. Los dos lo hacíamos de forma ilegal.

Los días en que coincidíamos en la escuela yo la vigilaba. Siempre se sentaba sola, a la una de la tarde, y sacaba de un pequeño bote unos triángulos de arroz cubiertos de algas. Tendía frente a ella una pequeña servilleta de tela anaranjada y colocaba los triángulos en el centro hasta que formaba un cuadrado. Después destapaba un termo y servía el té en la tapa que se transformaba en taza. Cuando terminaba la primera taza, comía uno de aquellos panes de arroz y así seguía durante media hora, hasta que acababa con la figura del mantel. Guardaba todos los utensilios en su mochila. Vestía su abrigo, sus guantes y su bufanda y salía a caminar por media hora. Luego la veía entrar en el edificio donde practicaba el arte de torturar a las plantas.

Nunca me acerqué a ella para no interrumpir la ceremonia de la comida. Ni siquiera me sentía con valor para entrometerme en sus paseos de media hora. Y muchas noches pensé en su belleza blanca, su cabello delgado, sus piernas largas y sus ojos negros.

El día en que hablamos llovía (se ha dicho, siempre llueve en Londres), pero aquel día el agua se fue convirtiendo en nieve y decidí no regresar a casa. Ir directo al trabajo. Me refugié en un pub, y la vi. No estaba sola. Platicaba animada con un inglés. En el momento en que se acercó a la barra por dos cervezas, la saludé. Me miró por un rato. Antes de que siguiera observándome, le dije que estudiábamos en el mismo lugar. Tú eres una jardinera, ¿no es así? Se rió. Sí, yo soy una jardinera. También soy Masae Kinoshi. Me preguntó si quería sentarme con ellos, le dije que me tenía que ir.

La siguiente semana no acudí a la escuela el martes. Ella no lo hizo el jueves. Ocho días después la encontré en el mismo pub. Me saludó desde que me vio entrar y me invitó a su mesa. Esta vez se encontraba con dos ingleses. No supe si alguno de ellos era el que la acompañó quince días atrás.

Después de tomar tres cervezas, dijo que se tenía que ir y así lo hizo. Los ingleses se dirigían a otro lugar. Tuvieron la gentileza de invitarme. Les agradecí pero prefería quedarme ahí. Me fui a sentar a la barra y salí varias horas después.

El martes siguiente fui a la mesa junto al piano del comedor. Desde ahí observé el ritual de la comida de Masae; me sorprendió que extendiera dos manteles y formara dos cuadrados. Al terminar de formarlos, se levantó y me llamó a su mesa. Recuerdo haber sonreído y sentarme frente a ella. El sabor de los panes era como el del engrudo o el del atole blanco. Solo que con una consistencia demasiado espesa. Sentí en mi boca los arroces fundidos y, sin embargo, únicos en el momento de masticar. Traté de buscar algo de sabor en las algas pero solo conseguí un sentimiento, la nada era, posiblemente, verde. Fui por un vaso para probar el té japonés y, por fin, encontré un sabor en mi paladar. Me desagradó. Terminé por buscar en todo el almuerzo alguna empatía secreta pero anhelé como nunca esas papas grasientas que comen los ingleses.

Ese mismo día fuimos al pub donde nos habíamos encontrado dos veces. Tomamos más de cinco cervezas. Su rostro se iluminó después de la cuarta. La acompañé a su casa y me comentó que tenía más panes de arroz con algas, algunos de ellos rellenos de verduras. Le dije que prefería un *kebbab*. Hizo una mueca de asco. Terminamos comiendo pizzas a dos cuadras.

Fuimos a trabajar. Nos separamos en Oxford Circus. Ella siguió en dirección a Paddington, yo lo hice hacia Elephant and Castle.

Dos semanas más tarde, después de encontrarnos en Taylor Walker, fuimos a una fiesta de una amiga suya, otra jardinera. Pasadas las tres de la mañana, empezaron a hablar muy animadas. No me había percatado de que aquella inglesa hablaba japonés. Dos horas más tarde, le dije que me iba. Me sugirió, con la vista hacia el piso, que esperara el amanecer. Podíamos descansar juntos en una recámara, no habría ningún problema. Así lo hicimos. Todo lo que había imaginado sobre su piel se difuminaba en sombras. Dejé de envidiar a los que habían muerto.

El barrio donde estábamos parecía un pequeño pueblo dentro de Londres. Caminábamos en medio de una calle que despertaba con la luz diáfana y noble de los domingos. Nos sentamos en una banca de madera por sesenta minutos. El autobús, con veinte minutos de retraso, llegó vacío.

Esa mañana dormimos en mi cuarto. Ella, comentó, tendría que hablar por la tarde con su novio. Ahora lo podía dejar.

Hasta aquí contó mi amigo. Me miraba poco. Parecía estar recordando y, cuando lo lograba, podría jurar que comenzaba a inventar el resto. Lo dejé hablar por mucho tiempo. No he narrado los silencios, los tragos, la cena de aquella noche. Muchas frases, ahora lo creo, las he reconstruido. Hubo dos veces en que el relato me lo repetí a mí mismo, mientras él fue a tocar la campana. Cuando regresaba, seguía una trama que yo ya no podía separar entre lo que yo me había narrado y lo que él se narró en el momento de interpretar aquella vida, su vida.

El 13 de junio de ese año, lo acompañé a un baile. Unos amigos le habían pedido que supliera al pianista del grupo que se había marchado de la ciudad el día anterior. El hombre se fue en busca de su hijo y su mujer, se habían fugado a San Luis Potosí. Lo vi cumplir con su oficio. Hacer acompañamientos monótonos, escalas elementales e improvisar solo una vez con desgano. Una bella mujer rubia no dejó de buscarle la mirada toda la noche y él no se percató en ese diminuto tiempo de gloria.

Cuando finalizó el primer turno, lo vi rehuir la mesa del grupo llena de admiradoras e irse a sentar a la barra. A lo lejos, me pareció que tomaba vodka a una velocidad endemoniada. Para el segundo turno, fue más parco y, sin embargo, mucho mejor. Había oído de muchos músicos que lo hacen, pero aquella vez fue la primera en que me pareció que alguien tocaba a partir de los silencios y no de los sonidos. Los demás integrantes del grupo se empezaban a enfadar,

pero el director comenzó a llenar esos silencios y poco a poco los dejó aparecer. El público no comprendía de técnicas pero era más feliz aquella noche.

En la última pieza se percató de la chica rubia y le sonrió. Cuando regresaron a tocar dos canciones más, él no dejó de verla y tocó un poco más de lo que había hecho en las demás piezas. En la segunda canción, solo la miró y puso su mano sobre el teclado tres veces. Me pareció que tocaba la campana y no las teclas.

Al bajar del escenario se dirigió a ella. Le invitó un trago y se sentaron a charlar. Más tarde bailaban. Los vi besarse en algún momento y después, cuando el salón ya comenzaba a vaciarse, lo encontré solo en una mesa. Yo había pasado todo el tiempo junto a la barra y me encontraba completamente ebrio.

Fui con él. Le pregunté qué había pasado con la chica japonesa y contó un relato que en medio de mi borrachera se convirtió en imágenes.

La deportaron. Una noche, en el restaurante donde trabaja, dos inglesas comenzaron a alterarse. Era, se especuló en los periódicos, un asunto de amor. Nadie les prestó más atención que la del morbo. Hasta que una de ellas picó con violencia una rodaja de pescado crudo, para después insertar el palillo en la boca de la otra. Solo se detuvo cuando sintió que sus fuerzas no le permitían avanzar más. No solo brotó un chorro de sangre sobre la trémula mujer y las rodajas de pescado, sino que lo peor fue que la otra se asfixió con una pieza de madera que se había roto y atorado en su tráquea. El lugar fue súbitamente clausurado y todo el personal que trabajaba ahí de forma ilegal tuvo que salir del país. Cuando ella se fue, lo sentí, quizá hasta me entristecí; pero en aquel entonces, no sabía que la amaba.

No sé qué más contó. Durante varios días tuve la sensación de que mi garganta estaba perforada. Pensé que la textura de las astillas y la de los peces era similar. Y, en cada fuente que vi, imaginaba un borbotón de sangre.

Siguió tocando por algunas semanas con el grupo. Se negaba a acudir a los ensayos y se encerraba por horas a leer a Rilke. Frecuentaba restaurantes de comida japonesa y china y una tarde que llegué del trabajo lo encontré preparando panes de arroz. Sí, eran horribles.

Una mañana lo oí salir de la casa. Regresó con el periódico y me dijo que habían abierto la pulquería. Comimos unas quesadillas en el mercado y nos fuimos a beber curados de guayaba y jitomate. Al iniciar la tarde, hizo la penúltima narración de la mujer que amaba.

La olvidé. Algunas veces la realidad es un simulacro verosímil y verdadero. Me escribí con ella por casi un año. Dejé Londres y ella pensaba regresar. Cuando nos escribíamos recordábamos. Nunca pudo encontrar una representación cómica de la escena del palillo. Me decía que la sangre sobre el pescado era algo que bloqueaba esa posibilidad en ella. Por el contrario, me decía que nuestra caminata después de la primera vez que nos desnudamos le recordaba las películas de Chaplin. Que siempre que comía panes de arroz pensaba en mí. Y que extrañaba la cerveza y la naturalidad con la que entraba en los bares de la isla.

En algún momento, le conté que iría a vivir a Viena. Dijo que ella pensaba ir a Londres y que nos podíamos encontrar en algún lugar de Europa. Sugirió Praga. Dos meses después nos vimos en el aeropuerto de Viena. Usaba un suéter con un cuello de tortuga y unos jeans ajustados. Se había cortado el pelo. No la reconocí fácilmente. Fue hasta que vi su rostro y sus manos blancas.

Aquella noche dormimos juntos y la oí decir que era feliz.

Al siguiente día me comentó sus planes de regresar a Londres y me propuso que viviéramos ahí. Ella no tenía ánimo de aprender

alemán. Caminábamos alrededor del Ring, habíamos comido salchichas y bebido cervezas. Dije que yo pensaba pasar algunos meses en Viena y después regresar a México. No tenía ningún interés en Londres. Además, terminé por decirle: “No sé si nos amamos”.

Ella sugirió entrar en una cafetería. Después de tomar café, seguimos con vino y platicamos mucho tiempo sobre su vida en Japón. Pedimos la cuenta y en el momento de salir se dirigió hacia la iglesia central de la ciudad. No comprendo esta religión, ni al mundo, ni nada, fue lo que dijo frente al atrio. Entonces, comenzó un llanto.

Sacó de su bolsa un mapa y se dirigió al metro. Durante todo el trayecto hablé y no me escuchó. Se extravió dos veces. Intenté decirle cuál era el camino a casa y no se percató de ello. Cuando la tomé del brazo se plantó en el suelo, esquivó mi mirada y siguió llorando.

Decidí dejarla buscar. Me mantuve a metros de distancia. Hicimos un camino muy largo y penoso bajo la lluvia. Nunca he recorrido la figura de la tristeza como en aquella ocasión.

Al llegar al departamento que yo alquilaba se detuvo y se sentó en las escaleras de la puerta principal. Abrí y no entró. La levanté del brazo, me golpeé la cabeza y le pedí que entrara. Por primera vez me escuchó y pensé que yo podría comprender lo que estaba sucediendo.

Entramos en el departamento. Solo había una recámara, una cocina y un baño. Había traído una botella de sake y por la mañana cocinó panes. La vi ir por las dos cosas y abrir la llave de la tina.

No sabía qué hacer. El espacio se llenaba de vapor y la vi desnudarse en el cuarto, en medio de la niebla que se había creado. Se sentó sobre la alfombra. Abrió la botella de sake y en un plato formó el cuadrado con los panes. Fue al baño. Entró en la tina y observé su piel enrojecer. El llanto empezó a ser más fuerte.

Salí de ahí y esperé minutos. Cuando entré nuevamente, vi su rostro recargado en las rodillas que mantenía pegadas a su pecho, abrazadas por sus brazos. Le comencé a hablar. Balbuceé alguna racionalidad pedestre y no conseguí nada. Después, le di esperanzas. Le juré que lo pensaría, que la vería en Londres, que contemplara la

idea de regresar a Viena, de venir a México. No parecía escucharme. Por último, la observé. La botella estaba vacía. No sé si la tomó o se bañaba en ella. El plato de los panes estaba intacto.

Fui por una botella de vino y me senté junto a ella. Toqué su rostro y lloré mucho tiempo.

El agua se enfrió y me di cuenta de que empezaba a temblar. Volví a razonar y cuando me acerqué para sacarla, golpeó el agua.

Pedí perdón. Y vi que el temblor ya era extremo. La saqué a la fuerza, la arrojé, subí la temperatura del cuarto y la encerré.

Me desperté encorvado sobre la mesa de la cocina cuando oí un golpeteo monótono y débil que provenía del cuarto. Le pedí que esperara. Fui al baño. Me vi el rostro reflejado en el espejo y me pareció increíble pertenecer a ese gesto. Al abrir la puerta del cuarto, vi sus ojos hinchados, la misma ropa con la que había llegado y la mochila colgada en la espalda. Salió del departamento sin decir nada, yo fui al balcón. Ese día nevaba y el sol no aparecería.

Observé cómo cruzaba la calle. La seguí con la mirada por toda la cuadra, hasta que la vi doblar en la esquina y la imaginé subiendo al vagón del metro. Cuando entré en la habitación, encontré sobre la cama la campana azul. No permanecería en la ciudad. Pensé en ir al aeropuerto para hablar con ella pero lo que hice fue bañarme, salir a desayunar y comprar algunas botellas de whisky. Me encerré en el cuarto. Abrí un viejo poemario de Rilke (*Wir gedenkens noch. Das ist, als müsste alles dieses einmal wieder sein*),¹ y comencé a tomar. Las siguientes 48 horas las pasé en algún infierno donde solo me alegraba la imagen de ella dentro del agua. Desde entonces, toda mi vida se ha reducido a ese dibujo.

¹ Tiempo después tiró ese libro a la basura. Fortuitamente lo encontró. Cada poema tenía una traducción literal. Recordé la frase que había dicho y su traducción era esta: “Lo recordamos todavía. Es como si todo esto tuviera que ser una vez más”. El poema se llama “Sepulcro de una muchacha joven”.

Por aquellos días me empezaba a mudar a Ensenada. Iniciaría un trabajo de investigación sobre los corredores de droga en Baja California. El plan era permanecer ocho meses recabando información estadística sobre los norteamericanos que se avecindaban allá y tratar de establecer conexiones entre ellos y los ostentosos capos mexicanos. Mi jefe, Bruno Mendoza, había entrado en la corporación hacía muy poco tiempo. Tenía un presupuesto nada despreciable y él proponía las líneas de investigación. Aquella había sido aprobada.

En medio de la mudanza, regalar cosas, almacenar otras con mis padres y despedirme de la ciudad, había olvidado toda la historia de aquella mujer. Creía que había terminado. Dejé de relatarme aquel cuento y de inquirir por pistas para armarlo; solo lo recordaba furtivamente cuando veía un palillo, un pescado o una bañera llenándose de agua.

El día en que me mudé a casa de mis padres por dos semanas, para después partir a Ensenada, Carlos me invitó a la vieja cantina del Zócalo de la ciudad. El viernes pasé por él a las siete de la tarde. Aún había luz y caminamos hasta la avenida San Cosme, mientras el sol se ocultaba tras nosotros. La ciudad estaba llena de autos, de gente con prisa, de cantinas repletas, de algo similar a la alegría. Compramos unos billetes de lotería, comimos unas tortas en la plazoleta de Martí, en medio de paredes llenas de fotografías de luchadores. Al salir era de noche. Cruzamos la Alameda y llegamos al Palacio de Bellas Artes. Seguimos por 5 de Mayo hasta llegar tras de la Catedral. Vimos una estatua que había sido sacada por varios hombres y ahora la lavaban. Era San Pedro amenazándonos con su mirada, mientras su dedo se fijaba en dirección al cielo. También se escuchaba el eco de los danzantes y los vendedores de bagatelas.

Llegamos a la cantina y encontramos a varios amigos. El tiempo se fue rápido. Terminamos bailando en un antro de mala muerte cerca de la Plaza Garibaldi. Yo y Carlos nos fuimos juntos. Me invitó por una última copa a su casa y acepté. Mientras él servía todo en un lugar que ya me era ajeno, fui a su cuarto. Casi todo igual. Libros de

Rilke, ahora un piano, un colchón, el foco cubierto por una lámpara de periódicos y la campana. La toqué, como lo había hecho cada vez que intentaba terminar la historia de la joven Kinoshi.

Llegó con las copas. Se sentó frente al piano y tocó el nocturno número dos. Me preguntó si me interesaba oír la última parte del relato.

Empecé a escribirle cada día. Algo se formaba en la página y en la pantalla de la computadora. Estaba enfermo. La amé como nunca antes. Nunca respondió. Antes de venir a México, compré un boleto para Japón. Me hospedé en un hotel de cuarta. Y la busqué. Cuando di con ella y la vi, me quedé inmóvil, como las primeras veces en Londres. No me acerqué. Le llamé por teléfono y me citó en su casa, a la hora del almuerzo, para que conociera a su marido.

Se casó dos meses después de dejarme, con un empresario viejo que difícilmente cupo en la silla. El tipo se mostró aburrido durante el almuerzo. Su inglés era casi inexistente. Al final de la comida, pasamos a tomar té en la sala. La casa era hermosa. El trabajo de jardinería era un prodigio.

Pensé en largarme de ahí, cuando ella lo tomó de la mano en el paseo que dimos por el jardín, pero antes de hacerlo, él dijo que tenía que retirarse a una junta. Me quedé solo con ella. En el momento en que empecé a declararle mi amor, ordenó que me callara.

Contó que su marido era fotógrafo y que sabía, aunque no lo pareciera, apreciar la belleza. Subimos a su alcoba. Era un cuarto redondo, con una cama inmensa en el medio, una serie de campanas colgadas en una esquina y un pequeño escritorio. No había más. Se acercó al único cajón del mueble y sacó algunas fotografías. Una a una observé tres tomas de ella desnuda, dentro de una tina. La última que mostró era la misma imagen de mi destino infinito, verla ahí para siempre. Después de hacer eso salió del cuarto y fue al jardín. Caminó un poco y después abrió la verja.

—Esa mujer de las fotos se parece a mí, pero no soy yo. Yo no conozco Viena, ni Praga, ni Londres y nunca me he desnudado frente a ti.

De su falda sacó el pequeño hilo azul del que cuelga la campana. Al día siguiente regresé a México en un largo viaje lleno de escalas.

HISTORIA DE MONOS

Londres, 3 de noviembre, 1942. Maldita guerra, cuánto tiempo lleva entre nosotros. Vieras lo difícil que es la vida sin ti, en este pasmo de violetas, donde te arrullo con todas aquellas patas que he cortado, noche tras noche, a los grillos que me visitan en mi ventana.

3 de junio, 1942. Ayer te hubiera querido reventar una botella en la cara. Solo me veías de reojo, mientras te cebabas en el mico que, por su pedestre borrachera, no podía sostener la vista siquiera sobre la barra. Apenas reaccionaba, cuando el otro mono le palmeaba la espalda para que te bajara un poco la falda y te pudiera ver el trasero. Par de monos. ¿Con cuál habrás terminado? Porque el bello, el fuerte, el que tiraba cada cerveza al suelo para no emborracharse es al que despreciabas, el que se conformaba con ver cómo el otro, el inconsciente, te metía la mano en el culo. Cuando salieron los tres y pasaste junto a mí, todavía tuviste el descaro de resoplar: “¿No vas a venir a salvarme?” El mono electo ni se enteró y el que me pasa por más de dos cabezas de altura no tardó en sacar una navaja de su bolsa, para que un destello me entrara por las pupilas. El sábado me he de enterar qué te hicieron. Ya ves, no fui por ti. Mañana voy a por el Mono de las navajas y el sábado te veré en el mismo lugar.

4 de junio, 1942. La llegada de la venganza suele ser discordante. Pasaba por *La Finca* y entré en busca del Mono de las Navajas. La des-

velada cantinera se animó cuando le regalé un chocolate y me dijo que el gandul vivía a tres cuadras del lugar, que por las mañanas siempre estaba en el bar de la esquina. Cuando llegué vi muchos carros de policía y la zona acordonada. Entre los que fijaban las bandas vi a un viejo amigo y aproveché para entrar en el lugar. A la primera pregunta, contesté que era parte del equipo de peritos. Vi el brillo de la navaja. Ahí estaba, en el suelo. Después vi la mano abierta de aquel hombre que me había amenazado. Como una obra de arte, ya solo me faltaba ver un corte perfecto y profundo en el pecho por donde se podía observar el corazón.

5 de agosto, 1942. Desaparecieron después del asesinato. No era difícil intuir que quien se llevó a mi chica era el mismo que había matado al que me amenazó. Solo recordar cómo le miraba las nalgas era suficiente para imaginar en qué hubo terminado todo aquello. Fácil especular, cualquier noche él no aguantó y ella, alcohólica y cocainómana irredenta, se habrá puesto a coger con el Mono de las Navajas. Después, lo de siempre, el segundo estaba enamorado y en un aparte le dio por querer sacarle el corazón a su amigo. Hay que reconocer que ella no se equivocó, el de las decisiones importantes era con el que me engañaba, no el galán. Por cierto, la vi ayer. Me encontraba en un bar cuando llegaron. Ella estaba pasada y él tenía una sobriedad electrizante. Cuando empezó a acercarse a mí, me atuve a las consecuencias. En menos de una hora, ya veía volar hacia mí un casco de cerveza. Lo que son las cosas, el Mono me tenía contra la pared y yo no me decidía a contestar. De pronto se fue desvaneciendo. Cuando él yacía en el piso, la vi sonriendo y con las manos llenas de sangre. Le había perforado de manera supina el riñón. Después me dio un beso sabor a ron y me hizo jurar que la iría a ver a la cárcel.

21 de agosto, 1942. Hoy los bombardeos volvieron a sucederse. Quiero creer que no han atinado a la cárcel. Ya te veré ahí.

NOAMAN Y EKMELEDDIN

Las patrullas recorrían las calles... sin parar.

Hombres a pie, camuflados por el color de la noche, por los tonos de la arena y por el secreto eclipse de los camaleones, paseaban sus rostros incrédulos, como si vivieran en el interior de una película enlatada. El sonido del viento golpeaba los muros, la arena se arrastraba por los callejones y los búhos y los grillos elevaban sus monótonos ruidos por encima de los hombres. Todos acariciaban sus armas, aquel metal helado por la noche del desierto. Las cantimploras multiplicaban el eco del agua atrapada y los truenos electrizaban la noche sin bruma y los relámpagos bifurcaban el cielo oceánico.

Los hombres del otro grupo vestían alguna prenda negra para identificarse entre ellos a la distancia; casi todos pasaban por por-dioseros, se refugiaban en los quicios de las mezquitas y se apiñaban en los refugios cuando se daba el toque de queda. Solo dos días a la semana rompían su falsa y eterna rutina, para acudir a la reunión.

Nunca olvidaban mendigar una o dos veces por semana alrededor de Quasimiyeh. Aquel centro de tortura, que sin importar la bandera del ejército, siempre era utilizado como cadalso y feria de las fuerzas en el poder. Nadie, por más que lo intentara, podía acercarse a más de cien metros de distancia, pero esto no era suficiente para evitar oír los gritos de tortura que se escapaban de aquel lugar de purga.

Las fuerzas de ocupación habían tenido setenta bajas en el último mes. Más de dos muertos por día, y las redes de inteligencia se disponían a tolerar un mes más aquella escandalosa cifra, con tal

de destrozarse completamente al grupo que les llenaba las manos de sangre.

Ekmeleddin Hassan fue el encargado de integrarse en sigilo, y por varios días, en las calles más devastadas por la guerra. Ahí, al calor de la basura que se encendía, mendigaba y, con paciencia, seguía los movimientos precisos y cotidianos del bando en resistencia.

En un anochecer de aquel invierno, percibió que varios de los hombres que portaban las telas negras desaparecían. Esa misma noche, dejó las señales al ejército para indicar que algo habría de pasar. Al día siguiente, bajo el sol y la arena, recibió unas monedas de caridad junto con una carta. Un hombre vestido de blanco, con bigote y una cicatriz sobre la frente, intentaría matar a Noaman Shahhed al caer la tarde. Él tendría que darle muerte antes de que lo consiguiera.

Cuando el sol se ocultaba, Ekmeleddin se acercó a la mezquita donde encontraría a Noaman. No tardó en ver a un hombre sentado en la acera, vestía de blanco, le cruzaba el rostro un fino bigote y sobre su frente ardía la marca que dejara un cuchillo. Se sentó y oró por más de diez minutos, hasta que vio al hombre levantarse, meter la mano en su camisa y dirigirse hacia Noaman. Se puso de pie e interrumpió torpemente la marcha de aquel desconocido. Él se molestó y lo arrojó, al tiempo que hacía brillar una daga y se lanzaba por el corazón de Noaman. Pero Noaman lo esquivó y Ekmeleddin ya enterraba, por el costado albo, su daga curva.

Aquella noche, mientras el viento dispersaba la arena por toda la ciudad y los búhos y los grillos elevaban sus ruidos por encima de los mortales, un hombre se prendía fuego para hacer explotar una bomba que llevaba pegada a su cuerpo. Aquella noche, también, Noaman y Ekmeleddin bebían juntos para celebrar que el segundo poseía ya una prenda negra.

Por los siguientes días, la vida transcurrió su sangrienta normalidad; solo algunas veces, alguien se acercaba a Ekmeleddin para que fueran a mendigar cerca de Quasimiyeh. Cuando le pedían su opinión, después de oír las torturas, él solo contestaba:

—La muerte y el dolor deben de ser algo natural.

Una noche, cuando el frío descendía sin tregua, Noaman se acercó a Ekmeleddin.

—Ekmeleddin, me han dicho que te han llevado varias veces cerca de Quasimiyeh, que has oído los gritos, que no te has inmutado y que tus únicas palabras han sido estas: “La muerte y el dolor deben de ser algo natural”.

—Así es, Noaman —respondió sin más.

—¿Y fue natural el día que mataste al hombre que me iba a asesinar?

—No lo fue, Noaman.

—¿Y por qué lo hiciste, entonces?

—Ese día, Noaman, tú ibas a morir. Yo decidí que él muriera, el castigo es para mí, yo continúo vivo. La muerte debe de ser algo natural.

—Ekmeleddin, me pregunto si tú matarías a aquellos que torturan y acabarías con tu castigo.

—Me preguntas, Noaman, si yo me inmolaría para matar a otros.

—Sí, eso te pregunto.

—Lo haría, lo haría hoy mismo.

Días después, dos pordioseros pasaron por Ekmeleddin a una de las mezquitas. Caminaron por la noche, bajo el toque de queda, y esquivaron a los soldados que patrullaban la ciudad. Solo se oía el rumor de la arena contra los muros y los pasos aviesos de los mendigos que recorrían un laberinto imaginado que extravió a Ekmeleddin dentro de la ciudad. De pronto, se detuvieron, saltaron una cerca y cayeron en un inmenso jardín. Ya adentro se dirigieron a la casa, entraron por la cocina y se encontraron con siete hombres más, sentados en una mesa circular. Entre ellos, lujosamente ataviado, estaba Noaman.

Los dos hombres que traían a Ekmeleddin se sentaron alrededor de la mesa y sirvieron té. Noaman se levantó y salió al jardín junto con Ekmeleddin.

—Tendrás que permanecer aquí por unos momentos. Es tu decisión, Ekmeleddin, si lo haces en la mesa o en el jardín. Si lo haces con nosotros, tendrás que sacar una de las esferas que están en el centro y si tuvieras contigo la esfera que contiene el número 10, ya no saldrías de aquí, sino hasta mañana, con una bomba en el cuerpo para hacerla explotar. Si no deseas hacer esto, puedes permanecer aquí e irte junto con siete de los hombres que no hayan tenido en su fortuna el número 10.

Ekmeleddin guardó silencio y se encaminó hacia la mesa.

Uno de los hombres que había traído a Ekmeleddin tomó el sexto turno, su mano se introdujo en la vasija y abrió la esfera. Su rostro palideció, bajó la cabeza hasta chocar contra la mesa y nunca más perdió aquel tono mortecino.

La mañana siguiente, Ekmeleddin entró en Quasimiyeh por la puerta trasera y comunicó todo lo que había visto. Cuando salió, desde lo alto de una ventana de un edificio en ruinas, Noaman lo observaba. Aquella noche, cerca de un museo que albergaba colecciones sumerias y babilónicas, Mohamed Ihsanoglu, el hombre que había sacado el número 10 la noche anterior, prendía fuego a su cuerpo y daba muerte a cinco de los soldados de ejército enemigo.

Al caer la noche, Ekmeleddin era secuestrado bajo las órdenes de Noaman. En un viejo coche, lo llevaron a una casa y frente a una mesa le descubrieron los ojos. Alrededor de él, yacían nueve hombres en un círculo, entre ellos Noaman y, en una vasija, una sola esfera. Al tiempo que le desataban las manos, Noaman decía: “tu turno”.

Ekmeleddin tomó la esfera, la abrió y les mostró a todos el número 10. Entonces, lo encerraron en un cuarto y, al prender la luna el cielo del siguiente día, pusieron una bomba entre sus ropas.

El joven espía fue subido a un auto y bajado cerca del centro de la ciudad. Noaman y otro hombre lo flanqueaban en la penumbra, hasta que llegaron cerca de una plaza concurrida; ahí le ordenaron caminar hacia donde se encontraba una patrulla. Tendría que acercarse lo más posible y accionar la bomba, de lo contrario, en el mo-

mento en que los dos hombres estuvieran lo suficientemente lejos, lo harían volar.

Cuando terminaron de dar las órdenes, Ekmeleddin, con las manos aún atadas, se proyectó contra el rostro de Noaman y lo hizo caer al suelo, volcándose por inercia sobre él y dando grandes gritos al cielo. El otro hombre no sabía qué hacer, hasta que vio que la guardia se acercaba y corrió. Uno de los hombres de Noaman que espiaba todo, tampoco se decidía a hacer explotar el artefacto. Mientras todo pasaba, Noaman oía correr la arena por las calles y con sigilo buscaba la bomba entre las ropas de Ekmeleddin. Cuando oyó los gritos de los soldados sobre ellos, solo susurró: “La muerte siempre es algo natural, Ekmeleddin, y yo volveré a morir ahora”. Entonces accionó el botón de aquel artefacto que los haría desaparecer del desierto y frío invierno de aquel lugar.

PERFECTO INSTINTO

Caminamos hacia la calle principal, avenida Figueredo do Capri, y ambos vimos en el suelo los reflejos simultáneos de las luces verdes y rojas del semáforo descompuesto. Aquellas luces que hacían casi imposible cruzar la calle. Resolvimos —es un decir— junto con un mayor grupo de gente bajar la acera y obligar a los coches a detenerse bruscamente. Continuamos buscando el número 14 de la avenida; cada uno pensó en otro tiempo, donde lo importante era sentir el abrazo del otro cuerpo, las manos jugando a violar la simetría de los pasos. En aquellos momentos, quizá hasta los besos fueran parte de nuestra añoranza.

Creí encontrarme del lado correcto, hasta que entre los números 80-78-76-74-72 y 70 volvió a aparecer el mismo número impar: el 71. Ello anunciaba que el 40 estaba, posiblemente, en la otra acera. Ambos nos miramos apesadumbrados pero bastó con que yo dejara salir una pequeña risa para que ella siguiera adelante. Al final de cada calle volvimos a tener dificultades para cruzar. La distancia entre ambos permitió que al formarse un grupo, aún pequeño, alguien quedara entre nosotros. Me pareció que en estos momentos ella pisaba con más fuerza, como si intentara clavarse en el piso para no salir corriendo, como si el más leve movimiento del pie hacia atrás representara abandonarlo todo. Yo, en cambio, miraba las tiendas, hasta que un mínimo contacto de alguien me indicaba que, nuevamente, la gente se disponía a cruzar. En esos instantes trataba de localizarla hasta que era levemente empujado.

En el número 46 estaba la misma farmacia sucia, tapizada de fotos de cuerpos y rostros tristes. Ella se adelantó algunos pasos y se volvió,

al tiempo que, me pareció, guiñaba un ojo. Supuse que el número 40 estaba ahí, aceleré el paso mientras que por mis ojos cruzaba el graso y descarapelado letrero: *Abrimos de 8 a 21 hrs. Tortas*. Desde algún lugar empezó a sonar un danzón. Ahora caminamos con más resolución, el 40 estaba donde tenía que estar, no había por qué pensar que el 14 estuviera en otro lugar. Ya solo era cosa de cruzar unas cuantas calles más. Tres, a lo mucho, pensaba yo. Además, con un poco de suerte, nadie más se atravesaría con tan mal tino que pudiera perderla de vista.

Llegamos al número 20. Ya todo era fácil, ni siquiera tendríamos que volver a cruzar alguna calle. Yo sonreí, era feliz entonces. Pensé en el momento en que, ambos, nos detendríamos frente al número 14. Nos saludaríamos como no lo habíamos hecho nunca y entraríamos a tomar algo caliente y, con un poco de suerte, haríamos el amor.

ACTON TOWN

Aquella noche cocinaron sin decirse una sola palabra.

¿Qué era el sabor y qué los labios?

Aquella noche se sentaron a la mesa y casi no comieron.

Muchos minutos después, sin decir una sola palabra, se miraron y lloraron. Fue ella quien se levantó. El niño se había dormido. Él siguió tomando vino hasta que la vio regresar. Terminó la copa que se había servido y fue por su chamarra. El niño ahora lloraba dentro de su carriola. Los dos salieron y sintieron las finas gotas de la noche sobre sus rostros. Alcanzaron el penúltimo tren de la noche, el de las 12 con 22 minutos. Al llegar a Acton Town, ella se bajó y él, tras ella, empujó la carriola y la puso en el centro del andén. Después miró cómo ella levantó la capucha y le dio un beso al niño en los labios. Cuando él empezó a caminar hacia la derecha vio de reojo que ella se dirigía a otra dirección. Ambos oyeron una sola cosa: el niño lloraba otra vez.

LA MUJER QUE NUNCA HABLÓ ÁRABE

Quizá la arrojó porque la amaba. Ahora ya es imposible saberlo. Aquel día de nieve y un sol muerto, ella presentía que se iba a morir; no obstante, nunca pensó que sería una muerte física, simplemente creyó, incrédula del alma de Abdulán, que algo dejaría con él después de abandonarlo.

Se habían conocido apenas seis meses atrás. En un instituto de lenguas en Moscú. Ella se especializaba en un idioma que odiaba, que había bebido desde la infancia y que ahora aparecía como la única posibilidad de encontrar un trabajo, algo que le permitiera olvidar su tortuoso paso por las vías rápidas de la vida, las pasarelas de Polonia.

Su padre vivía en Nueva York y su madre en Francia. Violeta Pierczykowska creció con su abuela y, tiempo después, pasó una temporada en París y dos años en Estados Unidos. Ahí fue donde conoció a un pintor fracasado que se dedicaba a organizar desfiles de moda en el este de Europa. Regresó a Polonia con una cita. La entrevistaron solo por rutina y en dos semanas lucía su cabellera castaña, sus ojos verdes, su humanidad de un metro y ochenta centímetros por algunos hoteles de Varsovia.

La intensidad del trabajo durante los siguientes meses la llevó a la cocaína. Era natural, los desvelos, los viajes, las rutinas de ejercicio, las apariciones públicas y los pocos alimentos que se permitía tenían que encontrar un incierto punto de equilibrio. Ese punto se lo dieron algunas drogas.

Los meses pasaron y más allá de las depresiones propias de la pis-

cina en que empezaba a nadar, de los innumerables lances de mal sexo y de dos o tres simulacros de enamoramiento, todo había alcanzado un estado de normalidad.

El problema fue su viaje a Viena. Una tarde fría, cuando se encontraba a punto de iniciar una depresión, en el número 5 de la calle Waaggasse, en un viejo Bierlokal, se enamoró de un hombre inocente: Iako.

Le gustó su piel oscura, del color de la madera joven. En sus ojos había una especie de tristeza recorrida. Miraba sin observar, buscaba el milagro de los sabios: no renacer ni en un recuerdo.

Se percató de que Violeta lo miraba y se acercó despacio. Ella pensó que la sacaría a bailar y que la belleza de aquel joven exiliado le impediría cualquier depresión. Pero no sucedió así. Iako se sentó junto a ella:

—La vida sería demasiado fácil, si nos pudiéramos amar.

—Sí —le contestó ella, sorprendida de oírlo hablar en ruso, con un acento casi imperceptible.

Lo más probable es que Iako no escuchara la respuesta. Él miraba hacia la pista, sin fijar ningún detalle, y continuó escupiendo frases en esa lengua que aprendió de su abuela.

—La vida también sería demasiado fácil, si pudiéramos perdonarnos todo... Y eso es el amor, un pacto de silencio donde prometemos no reclamarnos haber dejado de ser todo lo que debimos... ¿Por qué uno debe de arrepentirse de lo que ha hecho?

—Porque existe Dios.

—¿Acaso crees en esa falacia moral?

—No, pero me arrepiento cada día de lo que hice y de lo que dejé de hacer —contestó ella.

Guardó silencio y la observó por segunda vez en la noche.

—Eres muy hermosa.

—También de eso me he arrepentido algunas veces.

—¿Qué puedo hacer para estar contigo toda la vida?

—Nada, la vida sería demasiado fácil si nos pudiéramos amar.

Se levantó. Salía del lugar pensando que había dado con un imbécil. Incapaz de plantear y resolver problemas existenciales elementales. ¡Dios!, se decía, ni siquiera es un tarado que me haya intentado seducir y con el que ahora podría estar haciendo el amor para esperar que llegara el sueño.

Salió del bar y Iako la alcanzó.

—Oye...

Ella sintió fatiga.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Cómo te llamas?

—Iako.

—Yo soy Violeta.

Fueron al hotel donde se hospedaba Iako. Él subió al taxi y dio las indicaciones, a ella le gustó la idea de no regresar a su hotel de cinco estrellas sobre el Ring. Se desnudaron sin dejar de observarse. Se metieron a la cama y no se tocaron. Violeta comenzó a masturbarse. Al terminar, le dio la espalda y se durmió.

Cuando amaneció, Iako se había colgado. En el lavabo había una nota: “Algunas veces es mejor el silencio”.

Las palabras estaban escritas en árabe y ella no las pudo entender. Guardó el papel, se vistió, salió del cuarto, fue a la recepción y pasó dos días en interrogatorios y una semana atrapada en esa triste ciudad.

Estuvo algunos meses con su abuela; dejó el mundo de la moda y un día un impulso la llevó a Moscú, donde preguntó en qué lugar podía perfeccionar su ruso. Ahí encontró a muchos árabes y conoció a Abdulán.

Durante los primeros meses en que salieron todo marchó bien. Nunca hicieron el amor y eso le fue borrando el recuerdo del suicidio. Se dedicaba a sus clases y a su noviazgo. Dormían juntos la mayoría de las noches, en un mismo cuarto de aquel instituto de lenguas. Salían a comer, a bailar y ella remediaba la falta de sexo enseñándolo a hablar ruso. Tenían una especie de pacto silencioso, donde no existía ni se buscaba la felicidad.

Tres meses después decidió abandonar el tedio. Una noche entró en el cuarto buscando a Abdulán, le contó la historia del suicidio y le mostró la nota.

Abdulán la leyó en voz alta y se limitó a decir: “Yo también me he callado todo mi deseo”. Habló en árabe y ella, una vez más, no comprendió. Esa noche hicieron el amor.

Pasaron así las siguientes dos semanas, hasta que ella decidió irse. Se citaron en la estación del metro donde se habían encontrado por primera vez. Violeta Pierczykowska regresaría a las pasarelas.

Abdulán no dijo nada, le dio una nota, se paró y fue hacia el andén. Ella lo siguió. Cuando el tren se acercaba, él la tomó del brazo y la arrojó a las vías.

El cuerpo fue arrollado sobre el riel antes de que el conductor pudiera detener el tren. La cara de Violeta se quedó pegada a los leños que sostenían los metales por donde las llantas circulaban veloces y ciegas. La ropa se rasgó. Hubo una escena muda y sorda en cada uno de los pasajeros. Abdulán escapó aquella vez de la prisión cuando perdió su identificación en la delegación. En la nota que le regaló aquel día se podía leer: “Me arrepiento cada día de lo que hice y de lo que dejé de hacer”.



ÍNDICE

REGRESO A PORTUGAL	11
LA CONSTELACIÓN DEL PEJELAGARTO	16
HOTEL IMPERIAL	21
<i>GENTES</i>	25
EL SÓTANO	28
EL HOMBRE DE LA REPRESENTACIÓN	32
EL CIRCO Y LA ARENA	37
OBLIGACIONES PATERNAS	
<i>I. EL DISPARO</i>	43
<i>II. LA ESCRITURA DEL GUIÓN</i>	46
<i>III. VIOLA</i>	50
EL ASESINATO EN EL METRO	
<i>I. EL TRADUCTOR</i>	54
<i>II. LA FUGA</i>	57
EL CIRCO	
<i>I. EL POETA</i>	63
<i>II. ZULEMA</i>	69
SÉNECA	72
LA FRONTERA INVISIBLE	79
RÍO FRÍO	83
EL EXILIO	87
MEXICO CITY	89
DISTRACCIÓN	94
LA MUJER BLANCA	95

HISTORIA DE MONOS	108
NOAMAN Y EKMELEDDIN	110
PERFECTO INSTINTO	115
ACTON TOWN	117
LA MUJER QUE NUNCA HABLÓ ÁRABE	118







